

EL VIEJO Y LA NIÑA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS EN VERSO.

Representada en el Teatro del Príncipe año de 1790.

PERSONAS.

Don Roque, viejo. <i>Bonet.</i>	de Don Roque.
Don Juan, amante de <i>Govea</i>	Blusa, criada. <i>Pepita</i>
Doña Isabel, muger de Don Roque.	Gines, criado de Don Juan. <i>Campuzan</i>
Doña Beatriz, viuda, hermana	Muñoz, viejo, criado de Don Roque. <i>Pavon</i>

La Scena es en Cádiz en una sala de la casa de Don Roque.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

El Teatro representa una sala con adornos de casa particular, mesa, canapé y sillas. En el fondo del Teatro habrá una puerta del despacho de Don Roque, otra al lado derecho, que es la de la escalera, y otra en frente, que da entrada á las demas habitaciones interiores.

Don Roque, y despues Muñoz.

D. Roq. **M**uñoz.

Muñ. Señor. *(desde adentro.*

D. Roq. Ven acá.

Sale Muñ. Ved que queda abandonada la puerta y zaguan.

D. Roq. No echaste al pestigo las aldabas y el cerrojo? Muñ. Si eché.

D. Roq. Pues no hay que rezelar nada mientras á la vista estamos: y si Vigotillos ladra, al instante baxarás.

Muñ. Y á qué fin es la llamada?

D. Roq. A fin de comunicarte un asunto de importancia.

Muñ. No está mi cabeza ahora para consultas. D. Roq. Extraña condicion tienes, Muñoz.

Muñ. Yo bien sé.....

D. Roq. No sabes nada de lo que voy á decir.

Muñ. ¡ Si, que al chico se le escapan las cosas! ¡ cómo es tan bobo!

D. Roq. Escúchame dos palabras, y escucha con atencion; porque al honor de mi casa, y á mi quietud... Muñ. En efecto salió lo que me pensaba: vaya. D. Roq. Conviene....

Muñ. Conviene que declareis lo que os pasa, y qué quereis, sin andar con repulgos de enpanada.

D. Roq. Guarda el rosario y escucha.

Muñ. Guardo, y escucho.

D. Roq. Excusada cosa será repetirte, pues no debes olvidarla, la estimacion y el aprecio

A

que

que has merecido en mi casa:
tanto, que habiéndote siempre
aborrecido en el alma,
por motivos que ya sabes,
mis tres mugeres pasadas,
yo siempre sordo á sus quejas
te he mantenido en mi gracia.
Diez y seis años y medio,
tres meses y dos semanas
hace que comes mi pan;
en servidumbre tan larga...

Muñ. Y bien le he comido; ¿y qué?

D. Roq. Digo, que esto solo basta
á que tú reconocido,
quando yo de tí me valga....

Muñ. Vamos al asunto.

D. Roq. Vamos,
sabrás, Muñoz, que la causa
de mi mal, lo que me tiene
sin saber por donde parta,
es ese Don Juan... qué dices?

Muñ. Yo acaso he dicho palabra?

D. Roq. Jurara....

Muñ. Lo que no suena
oye; y lo que suena, nada. (*apart.*
Señor, adelante. *D. Roq.* Digo,
que el autor de mi desgracia
es este Don Juan que vino
á Cádiz ayer mañana,
y aceptándome la oferta
que le hice yo de mi casa,
se nos ha metido aquí;
¿nunca yo le convidara!

Muñ. La culpa la tenéis vos:
quién os metió... me da rabia....
¿quién ofrece
con repetidas instancias
hospedaje, cama y mesa
á un hombre, que..

D. Roq. No sin causa
hice el convite, Muñoz;
porque él en Madrid estaba
con Don Alvaro de Silva
su tío; con quien trataba
yo, por tener á mi cargo
aquello de la Aduana,
ya te acuerdas: murió el tío;
fuerza fué, pues le dexaba
por su heredero, tratar
con el sobrino; y en varias
cartas que escribí, formando
unas cuentas que quedaban

sin concluir, por algunas
cantidades devengadas,
le dixé, que si quería
venir á hospedarse á casa
quando pensára en volver
á Cádiz... mas quién juzgara
que lo habia de admitir?

Un hombre de circunstancias
como es él, que en la Ciudad
conocidos no le faltan
de su genio y de su edad,
á qué fin?... ni fué mi instancia
nacida de buen afecto;
porque mal pudiera usarla
con un hombre, que en mi vida
pienso, no le ví la cara:
sino como me escribió
que de Madrid se marchaba,
y en Cádiz me entregaria
los dineros que restaban
á mi favor, meramente
por atención cortesana,
hice la oferta, creyendo
que nunca fuese aceptada.

Muñ. Pues ya estais desengañado.
Hace que se va.

D. Roq. Sí lo estoy; pero me falta
que decir, porque esta noche,
al pasar yo por la sala,
noté que en el gabinete,
él y mi muger estaban.

Muñ. ¡Bueno!

D. Roq. Acercome, mas no
pude entenderles palabra:
solo ví, que el tal Don Juan,
como que la regañaba,
iba á levantarse, y ella
con acciones y palabras
le detenía: yo viendo
aquello de mala data,
dí algunos pasos atras,
hice ruido con las chanclas,
entro, y la encuentro cosiendo
unas cintas á mi bata,
y á él entretenido en ver
las Pinturas y los Mapas.

Muñ. ¡Qué prontitud de demonios!

D. Roq. Qué he de hacer en tan extraña
situacion, Muñoz amigo?
tu sagacidad me valga:
sácame de tanto afan;
qué debo hacer? De mi hermana

no me he querido fiar;
porque en secreticos anda
con Isabel, y sospecho
que las dos...

Muñ. Son buenas maulas.

En fin, lo que yo predixe,
al pie de la letra pasa:
viejo el amo, y achacoso,
con muger niña se casa,
lo dixen; no puede ser;
si es preciso...

D. Roq. Tú me matas,
Muñoz, con eso; pues quando
buscan alivio mis ansias
en tu consejo, te pones
á refirme cara á cara,
sin decirme...

Muñ. Como á mí
no se me dixo palabra
de la boda, no juzgué
que, saliendo calabaza
dicha boda, fuese yo
de provecho para nada.

D. Roq. Aquello ya se pasó.

Muñ. Un mes ha no se acordaba
nadie de Muñoz: y ahora...
bien dicen, toda es mudanzas
esta vida: ¡qué consultas,
tan graciosas y tan largas
se celebraron aquí!
¡qué prodigios, qué alabanzas
de la novia! y entre tanto
vegete que se juntaba,
ninguno hubo que dixese:
Don Roque, ved que no es sana
determinacion casaros
si ya teneis enterradas
tres mugeres, no llaméis
á que os entierre la quarta:
dexadlo por Dios, amigo,
que en la edad tan avanzada
que teneis, parece mal
lo que en otra no se extraña:
ya no es bien visto...

D. Roq. Muñoz,
olvida cosas pasadas;
dime lo que debo hacer.

Muñ. Parece cosa de chanza,
un setentón enferinizo
casarse; y con quién se casa?
con una niña, que apenas
en los diez y nueve raya:

y despues, sin conocer
el riesgo que le amenaza,
admite en su casa á un hombre
que la conoció ramaña,
y ella y él, desde chiquitos,
se han tratado y aun se tratan
con harta satisfaccion.

D. Roq. Con que esa amistad es larga?

Muñ. ¡Toma! con que no sabeis
quién es ella?

D. Roq. Sé, que estaba
en poder de su Tutor,
Don Juan Antonio de Lara,
que la educó.

Muñ. Bien está:

tambien sabréis, que pasaba
muchas veces la tal niña,
por vivir tan inmediata,
á casa de vuestro amigo
Don Alvaro: allí trataba
con el sobrino dichoso;
él, no es mucho que pagara
las visitas; ¡ya se vé
es atento! se formaba
la tertulia, y entre tanto
que los abuelos jugaban
ellos jugaban tambien,
y todo era bulla y zambra:
en fin, la amistad nació
en la niñez. Si ella es mala,
si se debe sospechar
que del juguete pasara
á otra cosa, que en la edad
que tienen, no será extraña,
eso discurrido vos
que yo no entiendo palabra.

D. Roq. ¡Ay Muñoz! ¡válgame Dios!
ya se vé, fuéron tan raras
las veces que fui allá,
que no es mucho lo ignorara:
trataba de mis asuntos
con Don Alvaro... ¡pues vaya,
que la aficion es de ayer!
como quien no dice nada,
sus diez años por lo ménos
llevan de amor.

Muñ. Cosa es clara, (Hace que se va.)

D. Roq. Te vas? *Muñ.* Me voy.

D. Roq. No, Muñoz;
dime lo que se te alcanza
en este asunto, y qué puedo
hacer. *Muñ.* Dale, ya me cansa

tanto pedir parecer.
 Qué dudais? Que sin tardanza
 el huésped y su criado
 salten de aquí; que la hermana
 pegota vaya también
 á mantenerse á su casa.

Guardad á vuestra muger
 Señor Don Roque, guardadla,
 que no sois nada galan,
 y ella es bonita y muchacha.

Jamas la consentireis
 festines, ni serenatas,
 ni amiguillas, ni paseos,
 ni cosa que la distraiga
 de la aguja y del fogon.
 Y no penseis que esto alcanza:
 por el pronto... Pero al cabo...
 siempre... en fin, no digo nada;
 ello... haced lo que os parezca:
 basta de consulta.

D. Roq. Aguarda,
 Muñoz, qué ha de ser preciso
 tal cuidado y vigilancia
 para conservar mi honor?

Muñ. Y si miéntras que se trata
 aquí su conservacion,
 está el huésped en la sala
 requebrando á mi señora,
 no adelantaremos nada.

D. Roq. No temas, que le dexé
 encerrado en esa estancia
 de mi despacho: fingiendo
 que iba á escaparse la gata,
 torcí la llave, y no puede
 salir hasta que yo vaya.

Muñ. ¡Raro arbitrio! Con que haréis
 esa expulsion?

D. Roq. Sin tardanza;
 y tanto, que determino
 que ninguno duerma en casa
 esta noche. *Muñ.* No es mejor
 que ántes de comer se vayan?

D. Roq. Ello ha de ser, es preciso.

Muñ. Allí viene vuestra hermana,
 la viudita, consejera
 y compinche de mi ama.

¡Eh! ya podeis empezar;
 la ocasion la pintan calva.

D. Roq. Verémos; pero yo dudo
 conseguir lo que se trata
 entre nosotros.

Muñ. For qué?

D. Roq. Que sé yo si...

Muñ. Vaya, vaya,
 Señor: cuidado que el hombre
 en un pelillo se atasca.

SCENA II.

Don Roque y Doña Beatriz.

Doña Beat. Roque, saca chocolate,
 que las pastillas del arca
 se acabáron. *D. Roq.* Se acabáron?

Doña Beat. Sí; cómo quedáron tantas!

D. Roq. Pues, Señor, quién se ha sorbido
 tanto chocolate? vaya

que esto va malo, Beatriz;

jamás he visto en mi casa

tal desórden; ¡ya se ve!

si parece una posada:

mas he gastado en un mes,

que en un año quando estaba

solo con Muñoz. Yo quiero

poner remedio: tú, hermana,

es menester que recojas

tus trásticos y te vayas;

déxame con mi muger

que no quiero tantas faldas

junto á mí. Quando á la boda

viniste con tu criada

á recibir á la novia,

asistirla, agasajarla,

en fin, á mangonear

únicamente, excusada

venida; pero aun supuesto

que ella te necesitara,

para que tú la instruyeras

sobre algunas circunstancias

de mi genio, ó cosa tal,

las quatro ó cinco semanas,

que ha que nos casamos, juzgo

Beatriz, que son muy sobradas

para la tal instruccion.

Tu marido, que Dios haya,

te dexó por heredera;

y entre créditos, alhajas

y hacienda quedó bastante

para que no le lloraras:

á mí no me necesitas

para nada, para nada;

si fuera decir...

Doña Beat. Y dime,

toda esa arenga en substancia

es porque me vaya? *D. Roq.* Sí.
Doña Beat. Si? pues no me da la gana.
D. Roq. Por qué no?

Doña Beat. Porque conozco mejor que tu, las marañas que estás urdiendo; tú quieres echar á todos de casa, lo primero, porque sientes cada ochavo que se gasta á par del alma; y despues para empezar con extrañas ridiculeces á dar que sentir á esa muchacha, y no lo merece á fe!
Duélete de su desgracia, no la aumentes; una niña sin padres, abandonada á su Tutor, á un bribon, que en lugar de procurarla un casamiento feliz, con un cadáver la casa, solo porque viendo en tí el cariño que mostrabas á Isabel, no le pediste cuentas, ni él pudiera darlas: ¡ay hermano! esa infeliz no merece que la añadan disgustos, no: pero tú en nada de esto reparas. Piensas que te lo mereces todo, que es afortunada siendo tu muger, y en vez de servirla y agradarla vas á hacerte su tirano. querrás, sin duda, quitarla el alivio que halla en mi, como en su amiga y su hermana: querrás, en fin, que no sea compañera, sino esclava; y cerrando á piedra y lodo la fortaleza encantada, no permitirle visitas, ni consentirla que salga jamas á aquellas honestas diversiones necesarias á una niña. Esto no es bueno, hermano; debes tratarla con amor, y reprimirte muchas veces en tus raras aprehensiones, y hazte cargo de la infinita distancia que hay de tu edad á la suya.

5
D. Roq. Pero yo te he dicho nada de eso muger? yo la oprimo? yo acaso quiero matarla? no la mimo? no procuro?...
Doña Beat. Si, procuras apurarla el sufrimiento, y no sé, de veras, cómo te aguanta.

D. Roq. ¡Hola! quieres que las cosas que debe hacer no las haga? quieres que vaya á buscar, teniendo muger en casa, quien me ponga el peluquin, y me limpie la casaca? Bueno fuera, si por cierto, que solo por alegrarla, si la quebradura, el flato, ó la gota se me agrava, (que ayer me puso á morir) todo lo disimulara, ocultando mis dolores con brinco y risotadas. Quisieras...

Doña Beat. No quiero tal.

D. Roq. Que ya cubierto de canas, fuera un petimetre lindo, dixecito de las damas, vivarachito, monuelo, director de contradanzas entre duende y arlequin?

Doña Beat. Quién te dice, que tal hagas?

D. Roq. Vosotras, que gustais siempre de semejantes monadas: qué no te conozco yo? te parece que me engañas?

Doña Beat. Vaya que eres fastidioso, si los hay.

D. Roq. Y tu preciada de sabidilla y doctora.

Doña Beat. Sí, porque todas tus maulas te las entiendo. *D. Roq.* Beatriz...

Doña Beat. ¡Eh! déxate de eso; saca chocolate, corre.

D. Roq. Al fin (Yéndose.) todo es quimeras, y en nada hemos quedado. ¡Ay Señor! si no he de poder echarla. Ocho y ocho diez y seis, y la semana pasada azucar rosado, bollos...

¡no es cosa lo que se gasta!
Abre con la llave la puerta del foro, y se va por la de la izquierda.

SCE-

SCENA III.

*Doña Beatriz y Gines.**Doña Beat.* A quién buscas?*Gines.* A mi amo.*Doña Beat.* Ahí en el despacho estaba; ya sale.

SCENA IV.

*Don Juan, y Gines.**D. Juan.* Corre, Gines; ve al puerto lleva esta carta*Le da una carta.*

y allí pregunta á qualquiera por Don Pedro de Arizabal, que es Capitan de Navío, alto, moreno, que hablaba conmigo ayer por la noche; estás? y dile, que á causa de tener que prevenir ciertas cosas que me faltan, no puedo pasar á verle, dale este papel, y aguarda la respuesta, que es precisa por escrito ó de palabra, y vuelve al instante.

Gines. Voy; pero, Señor, deseara saber si en estos recados de la partida se trata que quereis hacer de Cádiz?

D. Juan. Si Gines, ya está pensada, y hoy mismo quiero salir, ó quando mucho mañana.

Gines. Y adónde vamos?

D. Juan. Adonde lejos esté de mi patria. Mi primo Don Agustin es Oidor en Guatemala; deudo y amistad nos une, allí nada me hará falta.

Gines. Y aquí Señor?

D. Juan. Aquí solo tengo sustos y desgracias: déxame Gines, que estoy fuera de mí. *Gines.* Mas extraña casualidad no se ha visto: y á mi que no sé la causa, me da mayor confusion.

D. Juan. ¡Ah! qué una muger ingrata me quita la vida: ¡ay Dios! Tu, Gines, no ignoras nada: sabes, que desde chiquitos nos quisimos; que ella estaba á tutela, y yo en poder de mi tio. Este pensaba casarme en Madrid con una Señora muy hacendada... ya lo sabes; ocultando el amor que profesaba á Isabel, ni repliqué, ni le quise dar palabra. En este tiempo mi tio, viendo que se retardaban sus asuntos, resolvió ir á Madrid; yo que estaba sujeto á su voluntad, fui con él... y quién juzgara que esta ausencia causaria á mi amor fatigas tantas? Despedime de ella, y nunca la vi mas enamorada; lloró, suspiró, rogó, que no la dexase... ¡ah falsa engañadora! Llegamos á Madrid, y en tan amarga ausencia solo con ver su letra me consolaba. Escribióme mil finezas, yo la repetí otras tantas; y al cabo de quatro meses cesó del todo en sus cartas. Yo ¡triste de mí! ignorando qué motivos pude darla, mil causas imaginé; pero un amigo, que estaba en Cádiz á la sazón, me escribió que se casaba Isabel, mas sin decirme con quien, ni cómo la ingrata pudo olvidar en un día tantos años de esperanza. En este tiempo, Gines, sucede la inopinada muerte de mi tio, siendo la mayor de mis desgracias, pues no conocí otro padre, y como tal me estimaba. Nombróme por su heredero; yo, despues de despachadas las cosas que disponia,

7

dexé á Don Luis de Miranda
con poderes, para que
en nombre mio cobrara
algunas deudas; dispongo
á toda prisa la marcha,
creyendo ocultarme en Cádiz
hasta saber si era falsa
ó cierta la ingratitud
de esa muger. Di mil trazas
para poderlo lograr;
y eligiendo la mas mala,
dispongo parar aquí,
porque sabiendo la rara
condicion de este Don Roque,
el qual con nadie se trata,
y es su casa una prision
eternamente cerrada;
juzgué ser fácil estar
en ella, sin que notare
nadie mi venida. Llego
en fin, y encuentro casada
á la pérfida Isabel.
¡Qué lance! quando acababa
ayer de llegar, y dice
Don Roque, que está de gala
porque es novio; llama luego,
para que yo celebrara
la eleccion, á su muger.
Viene al fin acompañada
de Doña Beatriz; ¡si vieras!
no es posible ponderarla...
la turbacion, el horror...
yo no la dixé palabra.
Ella, la cruel! queria
disimular; fuéron vanas
diligencias; yo la ví
llorosa y acongojada
mirar á una y otra parte
fuera de sí, no acertaba
á hablar siquiera::: ¡ay de mí!
El es un necio, y en nada
reparó. Válgame Dios!
¡válgame Dios; esto alcanza
quien la tuvo tanto amor!
Yo no sé lo que me pasa...
yo no sé.....

Gines. Y habeis hablado
con ella á solas?

D. Juan. Estaba
anoche en un quarto de esos,
¡con qué balago en sus palabras!
¡qué hermosa! ¡qué fementida

quiso moderar mi saña;
quiso de nuevo engañarme!
pero apenas comenzaba,
vino su marido. Ahora
ni puedo ni quiero hablarla;
qué ha de decir? cómo puede
decir que tuvo constancia,
ni que amó de veras? como?

Gines. Quizá, Señor, obligada
de su Tutor: ella es niña
todavía, y como estaba
tan oprimida...

D. Juan. ¡Ay Gines!
no hay disculpa, nos has de hallarla:
soy infeliz... pero yo
con fuga precipitada
mi patria abandono y ella
libre se queda y ufana
de su triunfo y no podré
decirla, que es una ingrata
fementida muger? Mira,
Gines, vuélveme esa carta.

Gines. Qué pensais hacer?
Dándole la carta.

D. Juan. No sé;
porque tengo tan turbada
la imaginacion, que dudo,
resuelvo, temo, contrarias
ideas á un tiempo mismo,
me martirizan el alma.
Ve adentro, recoge todos
mis papeles en la caja,
que en la posada quedó
arreglado lo que falta.
Me seguirás? *Gines.* Yo, Señor,
gustoso os acompañara
al cabo del mundo; solo
me aflige vuestra desgracia:
¡oxalá pudiese yo
en algun modo aliviarla!

D. Juan. Sí, Gines, no me abandones.

Gines. En mi no hallareis mudanza:
siempre os he querido bien.

D. Juan. Pues haz lo que he dicho. ¡Quantas
penas me cercan! la muerte
puede solo remediarlas.

SCENA V.

Don Juan y Don Roque.

D. Juan. Señor Don Roque, supuesto
que estan ya finalizadas

que

nuestras cuentas , entrareis
á entetaros de la paga,
veréis los vales.

D. Roq. Qué , es todo
en papel ?

D. Juan. Si no se halla
dinero ; ademas , que como
quereis que yo me arriesgara
á venir por un camino
con él ?

D. Roq. Como tú te vayas, *apart.*
todo va bueno : decia,
que os daré sobre la marcha
el recibito.

D. Juan. Por eso
no os molesteis.

D. Roq. ¡ Buena paga
era el tio ! le traté
muchos años , y estimaba
á sus amigos , buen hombre
y alegre , siempre de chanza:
¡ pobre Don Alvaro ! y cuánto,
limpio ya de polvo y paja
os ha venido á quedar ?

D. Juan. Las haciendas de Chiclana
y el vínculo.

D. Roq. Sí ? no es mal
bocado , amigo ; hoy se gasta
mucho , y en no habiendo mucho,
lo poco presto se acaba.
Vos habeis quedado bien ;
ahora tomaréis casa,
la pondreis á lo moderno,
buenos trastos , y mañana
os casais , y la muger
que tampoco irá descalza...
vivireis como un Señor.
Y cuándo , cuándo se trata
de buscar casa ?

D. Juan. ¡ Qué tonto *ap.*
es el hombre ! No pensaba
en eso , porque si acaso
no se me proporcionara
lo que intento , en Cádiz nunca
faltan muy buenas posadas
para quien tiene dinero.
Allí viene , no he de hablarla.

Aparte , mirando adentro.

D. Roq. Con qué al fin determinais ?...

D. Juan. Si quereis dexar firmadas
aquellas cuentas , entrad.

Entrase en el quarto de Don Roque.

SCENA VI.

Don Roque y Doña Isabel.

D. Roq. Me dexó con la palabra
en la boca ; el hombre tiene
cosas bien estrafalarias.
Isabel.

Doña Isab. Señor.

D. Roq. Corque
nos quiere dexar mi hermana ?
Te lo ha dicho ?

Doña Isab. No señor.

D. Roq. Pues si , parece que trata
de irse á su casa ; está ya
la pobrecilla cascada
y aunque es moza , los trabajos
y pesadumbres acaban
bastante. Tú qué me dices ?
sentirás , que se nos vaya ?

Doña Isab. Si señor ; decidla vos
que se quede.

D. Roq. Si ? Aquí hay maula. *ap.*
Es verdad , que como vive
tan cerca , que sus ventanas
dán en frente de las nuestras,
desde aquí puedes hablarla
todos los dias.

Doña Isab. Su genio
es muy amable ; me agrada
tanto , que nunca quisiera
que se fuese.

D. Roq. Si ? Aquí hay maula. *ap.*

SCENA VII.

Don Roque , Doña Isabel y Muñoz.

Muñ. Señor , ahí vino el caxero
de Monsieur Guillermo.

D. Roq. Quántas
veces ha venido ya ?
No le he dicho que esperaba
los géneros del Ferrol ?
y que basta que en la Aduana
se registren...

Muñ. Bien , y qué ?
si no es esa la embaxada
que ha traído. La paciencia
de un Santo no me bastara.
Dice , que á las nueve en punto

SCENA VIII.

Don Roque y Doña Isabel.

D. Roq. Este Muñoz es fatal.

Doña Isab. Pero lo que mas me pasma es las respuestas que tiene.

D. Roq. Es su genio. No la agrada *ap.* porque es viejo. Dame, dame

el peluquin; esta bata

y el gorro ponlos allí;

Harán lo que denotan los versos.

que sepa, volviendo á casa,

donde lo he de hallar: Ayer

casi toda la mañana

anduve buscando el gorro,

porque mi señora hermana

me le guardó tan guardado,

que ni aun ella se acordaba

donde le puso: las cosas

siempre en su lugar.

Doña Isab. La caja

del peluquin no la encuentro.

D. Roq. ¡Válgate Dios! ahí estaba

debaxo de ese bufete:

con cuidado, no se cayga.

Toma el gorro: donde he dicho:

así está bien. En el arca

verás una chupa musga,

que tiene boton de plata,

y una casaca blanquizca;

tráelo todo.

Entra Doña Isabel; Don Roque se queda en el teatro en justillo.

Esta muchacha:

¡Ay señor! y lo peor

es, que mi Don Juan no salga.

Pues, yo me voy, y se quedan

solos: ¡buena va la danza!

Únicamente Muñoz...

¡y Muñoz está que salta

conmigo, no sé por qué!

Isabelilla, despachas?

Sale Doña Isabel con el vestido.

Doña Isab. Estaba todo revuelto.

D. Roq. Como aun no estás enterada

de las cosas, ni el parage

donde se ponen y guardan

mis vestidos... ¡ah! si vieras.

Dirá estos versos mientras se viste,

ayudándole Doña Isabel.

apart. (otro gallo me cantaba

en su despacho os águarda,

y os entregará el dinero

del importe de las lanas

el Inglés, Anson... Manson...

Qué sé yo cómo se llama?

el Inglés. *D. Roq.* Sí, ya lo sé:

y precisamente aguardan

hoy á pagarlo? *Muñ.* Parece

que al primer viento se marcha.

D. Roq. Pues, y es preciso acudir:

¡que por una patarata

le han de incomodar á un hombre

y hacerle salir de casa

quando quieren! Tú Muñoz,

tampoco sirves de nada

para estas cosas: se ofrece

escribir en una liana

quatro renglones, no sabes;

vas á buscar una carta

no entiendes el sobrescrito;

y yo... *Muñ.* Pues pese á mi alma,

no lo sabeis años ha?

¡cuidado que teneis gana

de quimera! si no sé,

qué le hemos de hacer? no es mala

la aprehension, salir ahora,

sin haber sobre que caiga,

con esa pata de gallo.

D. Roq. Muñoz, por eso te enfadas?

lo dixes, porque si fuera

posible que me aliviaras

en ciertas cosas...

Muñ. ¡El diantre

de la invencion! vaya, vaya.

D. Roq. Vamos Muñoz, no te enojas;

toma un polvo.

Muñ. ¡La zanguanga

del polvito! tengo aquí.

D. Roq. Arrojalos que eso es granzas.

Muñ. Así me gusta.

D. Roq. Eso es

de aquello bueno de marras

del Padre de la Merced;

te acuerdas?

Le da la caja: Muñoz la abre, y se la

vuelve, ballándola vacía.

Muñ. Aquí no hay nada.

D. Roq. Es verdad, se me olvidó

echar tabaco en la caja:

ya la llenaré despues.

Muñ. Mala centella te parta.

apart.

(otro gallo me cantaba

B

en-

entonces) quando vivia
mi difunta Nicolasa!
¡qué puntualidad, qué aseo!
¡era una muger muy guapa!
Y siendo moza, que apenas
á los quarenta llegaba
quando murió, nunca, nunca
aquella muger pensaba...

Doña Isab. Vais en cuerpo?

D. Roq. No por cierto,
que hace un ambiente, que pasma.
Ella gustar de cortejos,
ni como otras atronadas...
¡qué! jamas.

Doña Isab. Traygo el capote?

D. Roq. Cómo?

Doña Isab. Si quereis que trayga
el capote? *D. Roq.* El redingot.

Doña Isab. Pues bien, eso preguntaba.

D. Roq. Si señor, muy hacendosa,
continuamente aplicada
á la labor, eso sí;

*Dirá estos versos mientras Doña Isa-
bel le limpia.*

y las otras dos, la Pacha
y la Manolita, todas
fuéron á qual mas honradas:
á su marido y no mas:
¡ya se vé! buenas christianas.

D. Isab. Dios me dé paciencia; ¡ay triste!
Vase Doña Isabel.

D. Roq. Si esta muger no es negada,
ha de conocer... preciso,
á qué van encaminadas
mis indirectas: Dios quiera
que surtan efecto.

*Sale Doña Isabel con el capote, y se le
pone á Don Roque.*

Doña Isab. Falta
alguna cosa?

D. Roq. No mas.
Haz que limpien esta sala,
que pongan bien esos trastos;
yo no sé como mi hermana...
pues ella bien alcanzó
á Manolita; extremada
era en la limpieza: quando
quieras, puedes preguntarla,
si todo no lo tenia
como una taza de plata.
Era muy muger; ¡ó! ¡aquella!
Entrase en su quarto.

SCENA IX.

Doña Isabel y Blasa.

Doña Isab. Qué es esto que por mi pasa?
¡pobre Isabel! *Blasa.* No sabes,
Señora, como se marcha
Don Juan?

Doña Isab. Yo no sé; pues cómo?

Blasa. He visto á Gines que anda
recogiendo sus trebejos,
y á toda prisa los guarda;
pero él es tan martagon,
que maldita la palabra
me ha querido responder:
pero se van.

Doña Isab. Que se vayan,
qué cuidado te da á tí?

Blasa. Ninguno; solo extrañaba,
que habiendo llegado ayer
á las diez de la mañana,
hoy á las nueve se vuelvan
á marchar.

Doña Isab. Tendrán posada
mas á su gusto; quién sabe?
Beatriz parece que llama.

SCENA X.

Doña Isabel y Don Roque.

*D. Roque dirá los dos primeros versos
al salir de la puerta. Doña Isabel
estará bastante apartada.*

No hay remedio; erre que erre,
aquí hay alguna entuchada.
Pues burla burlando, ya
las nueve, no hay que esperarlas.
Vamos allá, presto vuelvo;
allí pronto se despacha:
y el remusguillo que corre,
para tener delicada
la cabeza, no es muy bueno.
Presto vuelvo.

SCENA XI.

Doña Isab. En sus palabras,
en sus acciones encuentro
un misterio... siempre habla
con ambigüedad; me observa;
aí aun con Beatriz se declara.

En

En qué vendrá á parar esto?
Ya se fué; soy desgraciada...
En qué le pude ofender?

SCENA XII.

Doña Isabel y Don Juan.

Al salir del quarto de Don Roque ve á Doña Isabel, y hace ademán de volverse á entrar. Doña Isabel hará lo que denotan los versos.

D. Juan. Aun está aquí.

Doña Isab. No te vayas;
solos estamos; ¡ay Dios!
tú me vuelves las espaldas?
á tu Isabel?

D. Juan. Déxame.

Doña Isab. No, no te dexo, declara
á quien te quiere tu enojo.

Don Juan, no ignoro la causa;
pero escuchame, sabrás...

D. Juan. Qué he de saber? qué eres falsa,
que me has olvidado, que...
ya lo sé. Doña Isab. ¡Don Juan!

D. Juan. ¡Ingrata!

Doña Isab. Oyeme, ¡tan poco puedo
contigo! D. Juan. No, no te valgas
de artificios, que algun día...
pero ya es tarde; se acaba
el sufrimiento tambien

en los amantes. Doña Isab. No bastan
estas lágrimas... D. Juan. Fingidas.

Doña Isab. No lo son.

D. Juan. Déxame, aparta,
Isabel. Doña Isab. Cruel ¡qué quieres
de una muger humillada?

Doña Isabel le dexa y se va con precipitacion á un extremo del teatro: él siguiéndola, dice estos versos.

D. Juan. Qué he de querer? ni qué puedes
tú darme, que satisfaga
á mi indignacion? Qué fuiste
por el Tutor violentada
hasta el pie de los altares;
que allí diste una palabra
que repugnó el corazon,
que niña, desamparada
y oprimida, al fin cediste;
y que quando suspirabas

por mí, sin poder huirlo,
en un nuevo amor te enlazas,
que solo debe la muerte
desatarle. Mira quantas
razones me puedes dar;
pues todas ellas no alcanzan
á disculparte; no es cierto
que me quisiste... ¡inhumana!
tú, sabes qué golpe es este
para mí?

Doña Isab. Señor, yo amaba
de veras; ¡ay! mis finezas
ciertas fuéron y no falsas:
y sé que el poder del mundo
que entonces se declaraba
contra mí... pero tú ignoras,
que habiendo sufrido tantas
sinrazones y cautelas
en mi daño conjuradas,
los zelos pudieron solos
conseguir que me olvidara
de tu amor... no me olvidé,
sino que desesperada
irénetica consentí
en lo que mas repugnaba:
mi resolución no fué
ingratitude, fué venganza.

D. Juan. ¡Isabel, zelos! de quién?
con qué motivo?... ¡me engañas!

Doña Isab. No te engaño.

D. Juan. Pues qué fué?
Isabel, quién envidiaba
mi fortuna? quién te pudo
seducir? dímelo.

Doña Isab. Estaba
mi Tutor harto instruido
de todo; juzgó lograda
su victoria; quando vió
que á los dos nos separaba
la suerte; entonces me dixo,
que era fuerza me casara
con Don Roque: repugné,
él instó: ¡(memoria amarga)!
buscó mil medios, y supo
que Don Alvaro pensaba
casarte en Madrid; al punto
vió su cautela lograda.
Fingió dos cartas...

D. Juan. ¡Qué dices!

Doña Isab. Sí, Don Juan; donde le daban
cuenta dos amigos suyos
de que ya casado estabas,

obedeciendo á tu tío:
el dispuso que llegaran...

D. Juan. ¡Ah! indigno que me has quitado
lo que yo mas estimaba!

Doña Isab. Hizo que las viera yo;
logró su astucia villana...

¡Ay; una muger amante
quan fácilmente se engaña!
instó de nuevo, y al fin...

D. Juan. Dexa, dexame que vaya
á pasar á ese traydor
el pecho de una estocada.

Doña Isabel deteniéndole.

Señor, ¡ay de mí! ¡ya es tarde!
que piensas hacer? no añadas
nuevos males á mi mal.

Yo me moriré mañana
entre angustias y dolor:
nuestra fortuna contraria
no quiso que amor tan firme
á dichoso fin llegara.

No hay remedio, vive tú,
quizá te está preparada
mejor ventura que á mí;
no quieras, no, despreciarla
por esta infeliz muger,
que ya no es tuya. Mis ansias,
mis fatigas yo sabré
con paciencia tolerarlas;
como tú vivas feliz,
á Isabel eso la basta.

D. Juan. ¡Ay Dios! ¡y Dios! ¡donde estoy!
con cada razon me matas;
por compasion no te muestres
de mí tan enamorada...

Mas yo me detengo aquí?
qué hay que esperar? nada falta
que saber: harto comprehendo
tu pasion y mi desgracia.

Doña Isab. No *D. Juan*; si así te ausentas,
del todo me desamparas:
aunque te quedes en Cádiz,
siempre viviré apartada
de tus ojos: quién te obliga
á que dexes esta casa
con tanta celeridad?
Mi corazon se dilata
solo con verte; no niegues
este consuelo á tu amada
Isabel. *D. Juan.* ¡Qué ceguedad!
eso intentas? calla, calla
infeliz, no solicites

lo que á tí y á mí nos daña.
Cómo quieres que se oculte
el amor que nos inflama?

¿cómo quieres que yo pueda
tolerar, viendo logradas
por otro felicidades,

que solo á mi destinabas?
que solo yo merecí?
quieres que llegue mi infamia
á tal exceso? ¡ah cruel!

No basta, dime, no basta
que para siempre te pierda,
sin que á mis penas se añadan
zelos, que han de producir
desesperacion y rabia?

¡Ay Dios! dexame.

Doña Isab. Te vas?

así te vas? ¡qué villana
accion! me dexas? no vuelves
á verme? ¡ay desventurada!
volverás?

D. Juan. No sé, no sé...
pero es fuerza que me vaya.
No podrá borrar la ausencia
el amor de nuestras almas,
pero evitará una culpa,
que miro ya muy cercana
si no me voy: á los dos
nos está bien evitarla.

Doña Isab. ¡Señor! dadme resistencia,
que á tanto dolor ya falta.

*Don Juan se va por la puerta de mano
derecha, y Doña Isabel por la opuesta.*

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

Don Roque y despues Muñoz.

*Don Roque observa si alguno le escucha,
y luego llama á Muñoz.*

D. Roq. Solos parecez que estamos,
entra Muñoz.

Muñ. Y qué es ello?

D. Roq. Nada mas que preguntarte
del encargo que te he hecho.

Y qué has podido observar?

Muñ. Qué encargo, lo del unguento?

D.

D. Roq. Hombre, al salir no te dije que los dos quedaban dentro?

Muñ. Qué dos?

D. Roq. Don Juan é Isabel; y que vieras... *Muñ.* Ya me acuerdo: yo no he visto nada. *D. Roq.* No?

Muñ. Un buca ratillo terdo. con que Don Juan se fué presto?

D. Roq. Ya, pero en ese intermedio no se hablaron? *Muñ.* Qué sé yo.

D. Roq. Pues no te encargué, que luego que yo me fuese, estuvieras escuchando muy atento, si los dos...?

Muñ. En el portal me he estado casi durmiendo.

D. Roq. Con qué nada has hecho?

Muñ. Nada.

D. Roq. ¡Hombre, nada! pues es cierto que se puede desevidar...

Muñ. Yo me entiendo.

D. Roq. Qué entendiduras, Muñoz, son esas, ni qué misterio puede haber? *Muñ.* Yo lo diré; yo lo diré claro y presto.

Que no quiero andar fisgando, que no quiero llevar cuentos entre marido y muger;

yo sé muy bien lo que es eso. Está un marido rabiando

hecho un diablo del infierno contra su muger; encarga,

para apurar sus rezelos, á un criado que la observe palabras y pensamientos;

bien; observa, escucha, cuenta lo que vió, y arma un enredo de mil demonios: hay riñas,

voces, lloros, juramentos, palos; la muger conoce,

(y es fácil de conocerlo), que toda aquella tronada vino por el soplonzuelo.

Trama un embuste, de suerte que el marido hecho un veneno

se irrita con el fisgon, le atesta de vituperios,

y le echa de casa; agur, perdió de una vez su empleo,

¡Pues cierto que las mugeres no tienen modo de hacerlo

con primor! está el marido rechinando; y qué tenemos? nada; viene la Señora;

él se irrita, bien, y luego anda el minuto, el desmayo,

la lagrimilla, el requiebro, y qué sé yo? de manera,

que destruyen en un momento cuanto el amo y el criado

proyectaron; y yo creo, que quando un marido tiene

medio trabusado el seso con las caricias malditas,

irá en mal estado el pleyto del chismoso del criado:

porque ellas no pierden tiempo. Entonces entra el decir,

que es un bribon embusteⁿ, el pobre corre ve dile,

respondon, pelmazo, puerco, con un poco de borracho

y otro poco de ratero. El maridazo es entonces

voto de amen, no hay remedio; ella logra quanto quiere

de este modo; y... yo me entiendo.

D. Roq. ¡Hombre, por amor de Dios! *Muñ.* Si digo que yo no puedo;

no puedo, no hay que cansarse, ya está dicha; á perro viejo no hay tus tus.

D. Roq. Mira, Muñoz, coge un cordel... *Muñ.* A qué efecto?

D. Roq. Y ahorcáme. *Muñ.* No necessita

no cordel ni venenos quien se casa á los setenta con muchacha de ojos negros.

D. Roq. Dale bola con la edad. *Muñ.* Dale con pedir con ojo.

D. Roq. Tú mismo me aconsejaste no ha mucho, sobre el suceso de ayer noche, y me dixiste...

Muñ. De lo dicho me arrepiento.

D. Roq. Mira, Muñoz, como soy christiano, que ya no puedo

aguantarte: ¡qué maldita condicion!

Muñ. Pues yo qué he hecho de malo? hice yo la boda?

di yo mi consentimiento para que viniera el huésped,

la hermana, ni el tacafuero de Gines, ni la criada que me sisa los almuerzos? Yo he de pagarlo, sin ser arte ni parte? qué es esto?

D. Roq. Hombre, ven acá, quién dice que tengas la culpa de ello? solo digo que he sentido que hayas andado tan lerdo en hacer lo que te dixes; esto es regular, sabiendo que se quedaban en casa; y juzgando... ladró el perro?

Muñ. No ha ladrado, ni se acuerda de ladrar.

D. Roq. Juzgúe que el medio mas prudente, era observar...

Muñ. Muy en la memoria tengo que no ha diez meses, deciais; Muñoz, de este es otro tiempo, ya enviudé; ¿qué bien estoy sin desazones ni enredos!

Diez meses ha, no hará mas; no se me olvidan tan presto las cosas; ya estais casado, lleno de desasosiegos, lo pasado se olvidó, y atarugado y suspenso con lo presente, Muñoz, que dices, dame un consejo, un arbitrio... para qué? para deshacer lo hecho? no has escape: ¿no os casasteis? el que os ha metido en ello que os saque.

D. Roq. Yo no te digo, Muñoz, que busquemos medios de descasarme; no tal.

Muñ. Con que no tal, ¡eh! me alegro. con que el arbitrio mejor de lograr algun sosiego que era separarse de ella...

D. Roq. ¡Ay Muñoz! dexate de eso. separarnos? no señor, vaya, por ningún pretexto: el mal era para mí entonces... Lo que pretendo es echar de casa á todos esos huéspedes molestos. Para conseguirlo es fuerza que me ayudes; esto quiero; pues aunque he dicho á mi hermana

que se vaya, y siempre observo las palabras de Don Juan, para ver qué pensamiento es el suyo; ella me aturde, me saca mil argumentos, y tengo á bien de callar; él, afectuando misterios, nunca responde á derechas; de suerte..

Muñ. ¿Para mi genio!

D. Roq. De suerte que yo no sé cómo salir de este enredo.

Ellos al cabo se irán; pero entre tanto no es bueno que Don Juan con Isabel, dándole nosotros tiempo, tenga muchas conferencias; y hoy para darme tormento ese diablo de ese Ingles quiere entregarme el dinero de las lanas; fui allá, ya no estaba; con que tengo que volver precisamente: diez mil reales nada ménos importa, es fuerza volver.

Muñ. Y qué quiere decir eso?

D. Roq. Que es menester que me ayudes; Muñoz, por Dios te lo ruego: una especie... por la calle lo he venido discurrendo; una especie me ha ocurrido muy bella para el intento.

Muñ. Qué es la especie?

D. Roq. Una bicoca, que ha de surtir buen efecto.

Muñ. Y bien, decid la bicoca.

D. Roq. Cómo?

Muñ. Que lo digais presto.

D. Roq. No es mas sino aparentar, que los dos nos vamos luego; tú recogerás la capa, y dentro de tu aposento te has de esconder; yo me voy, y observando si hay silencio en esta pieza, te subas pasito á pasito, y viendo que no hay nadie en ella, entonces te ocultas con mucho tiento, que nadie te llegue á ver. Satisfechas allá dentro de que tú tambien te has ido, vendrán aquí sin rezelo

á patullar : Isabel
descubrirá sus secretos,
Beatriz hablará con ella,
y de este modo sabremos
quanto hay que saber... te ries?

Muñ. Y que mala gana tengo
de risitas ; pero á veces
no está en un hombre ser serio.

D. Roq. Pero y á qué viene . . ¡dale
con la risa! Muñ. Viene á cuento,
si Señor. D. Roq. Por qué?

Muñ. Por qué?
está muy lindo el proyecto
del escondite ; una cosa
solamente echo de ménos;
ya se vé ! no es esencial.

D. Roq. Y qué cosa ? Muñ. El agujero,
rincón , la gazapera
donde ha de estar encubierto
el centinela. D. Roq. Es verdad,
se me fué del pensamiento;
debaxo del canapé,
que es muy fácil. Muñ. Ya lo veo.

*Al decir esto se va Muñoz , vuelve
despues.*

D. Roq. Muñoz , Muñoz , hombre, mira,
Muñoz ; ¡ pues estamos buenos !
si no me cuesta la vida
este embrollo , soy eterno.
Muñoz , amigo Muñoz,
por Dios mira.

Muñ. Qué hay de nuevo ?
otro proyecto mejor ?

D. Roq. Que es preciso...

Muñ. Ya lo entiendo,
es preciso , bien está. D. Roq. Mira...

Muñ. Si todo el infierno
viniera á casa , no juzgo
que hubiera mas embelecós,
¡ caramba ! es cosa de chanza:
yo agazaparine ? primero...
¡ digo ! á la vejez viruelas:
yo debo de ser un leño,
un zarandillo , un... D. Roq. Muñoz,
mira , Muñoz , ya no quiero
nada de ti ; ya conozco
lo bien que pagas mi afecto:
¡ qué ley ! ¡ qué ley ! yo creí
que tu aspereza y gesto
de vinagre , era apariencia
nada mas : y yo , camueso
de mí , sin quererle echar

por mas que me dixéron
sus amas!... Pero , señor
que haya de olvidar tan presto...
¡ qué ingratitud ! cuántas veces
se le ha ofrecido dinero;
sabe que se le he prestado;
sabe que yo he sido empeño
para todos sus parientes;
sabe que en mi testamento
le dexo quanto en conciencia
puedo darle. Muñ. Y yo sé eso?

D. Roq. Pues qué no sabes las mandas
que dexo allí ?

Muñ. No por cierto.

D. Roq. ¡ Toma ! un año de salario
contado desde el momento
en que yo fallezca ; mando
que si alguna cuenta tengo
contra ti , se dé por nula;
mando tambien... Muñ. Yo debo
nada á nadie?

D. Roq. Hombre , pudiera
suceder que en aquel tiempo
me lo debieras.

Muñ. Ya estoy.

D. Roq. Te mando un vestido nuevo,
como le quieras , y todos
los míos ; tambien te dexo
la caja de plata ; en suma
ya lo he dicho , quanto puedo
dexarte : ¡ y por una cosa
tan fácil , como te ruego,
te enfareces como un tigre!...
en fin se acabó ; yo espero
que te ha de pesar bien pronto.
Vete , que yo no te fuerzo:
no quieres hacerlo ? vete.

Muñ. Yo no he dicho que no quiero.

D. Roq. Pues qué has dicho ?

Muñ. Qué se yo.

*Suena la campanilla , Muñoz quiere irse,
y D. Roque le va deteniendo.*

D. Roq. No entiendo ya de rodeos,
di lo que quieres hacer.

Muñ. Han llamado::: que... verémos.

D. Roq. No hay verémos , habla claro.

Muñ. Sí voy á abrir.

D. Roq. No , primero
has de resolverte. Muñ. Digo,
que si lo haré.

D. Roq. Cierto ?

Muñ. Cierto.

D. Roque, y despues Don Juan.

D. Roq. ¡Ay qué Muñoz! que carácter tan temoso y tan soberbio: en fin dixo que lo hará.

Y bien Don Juan que hay de bueno?

D. Juan. Nada ocurre.

D. Roq. Cansadillo vendréis de correr el pueblo buscando casa: ¡es un diatre, es un diatre! Esta que tengo ya veís qué estrecha, qué antigua, llena toda de agujeros; sin conveniencia ninguna me cuesta un horror, y sienta infinito no hallar otra, porque, pongo por exemplo, viene un huésped, es preciso todos los trastos ponerlos hacinados, arrastrar colchonés, y removiendo las cosas de su lugar se destruyen sin consuelo; y todo por no tener siquiera un par de aposentos donde poner unas camas: es trabajo. *D. Juan.* Ya lo veo...

D. Roq. Qué deseáis?

D. Juan. Solo dize que teneis razon en eso.

D. Roq. ¡Ah! pues no la he de tener? como que mi hermana, viendo la mucha incomodidad que hay en la casa, ha resuelto irse á la suya... si aquí... vaya, es necesario verlo; es mucho engorro; yo á vos se trata sin cumplimiento, ni puede ser de otra suerte: ya lo veís, para ponerlos por una noche no mas esa cama, se ha revuelto la casa, y cierto me pesa en el alma no poderos dar posada... ¡nada! ¡como si se lo dixera á un muerto! (*aparte.* Beatriz viene, voyme al quarto, que hoy es dia de correo, y aun me falta que cerrar unas cartas.

Don Juan y Doña Beatriz.

D. Juan. ¡Cómo puedo sufrir á este mentecato! quién me detiene? qué es esto? para qué quiero ver mas, si alivio á mi mal no encuentro?

Doña Beat. Gines ha guardado ya todos los trastos, y creo segun las señas, que os vais: yo, Juanito, solo vengo á decirte que en qualquiera parte y en qualquier tiempo puedes mandarme, que siempre soy la misma, y te deseo mucho bien; te conocí desde chiquito, y por eso te quiero tanto.

D. Juan. Es verdad; yo, Señora, os lo agradezco.

Doña Beat. ¡Qué triste! ¡qué triste! tienes algun pesar?

D. Juan. Nada tengo.

Doña Beat. ¡Tanta seriedad! no es esa tu condicion, no por cierto...

Mientras Beatriz dice estos versos; Don Juan se pasea pensativo por el teatro.

la turbacion, el disgusto, que en ella y en él advierto... anoche... ¡válgame Dios! cierto es ya lo que sospecho. Mira, Juanito, es preciso aclarar este misterio; dímelo, qué tienes?

D. Juan. Tengo... que sé yo; dexadme.

Doña Beat. Mira, nadie nos oye, podemos hablar con seguridad: mi hermano estará allá dentro con sus cuentas; Isabel...

D. Juan. ¡Ay! dexadme.

Doña Beat. Ya te entiendo, ya lo sé todo, bien haces en irte, yo te aconsejo que lo dispongas muy pronto, apresuralo; primero es la estimacion que todo o demas; eres muy cuerdo,

muy

muy hombre de bien, no sabes
quanto me agradas con eso.

D. Juan. Pero y... á qué?...
Doña Beat. Lo sé todo:

no me gastes fingimiento,
ninguno me lo ha contado;
pero desde ayer observo...
y::: vaya, sé tus niñeces,
las ocasiones, lo tierno
que has sido siempre, el cariño...
en fin, de todo me acuerdo.

Dios lo quiso de otro modo;
qué se ha de hacer, yo ya veo
qué pesadumbre habrá sido
para ti, ya lo comprehendo,
pero, y qué remedias? nada;
Juanito, pon tierra en medio,
y esto muy pronto, muy pronto,
lo demas lo cura el tiempo.

D. Juan. Quéndo, quéndo borraré
esta pasion?

Doña Beat. Yo no puedo
decirte nada que tú
no alcances, solo deseo
tu bien: si no tienes casa
donde vayas; yo la tengo;
pero si quieres quedarte
en Cádiz... que no lo apruebo...
en fin, si te quedas, mira
que mudes el pensamiento
á otra parte; no caviles,
ni dentro de un aposento
te consumas: tus amigos,
que tienes muchos y buenos,
te divertirán: no des
que decir; es muy mal hecho
Don Juan se sienta en una silla.
turbar la paz de una casa,
y en vez de amor y sosiego
introducir disenciones:
la quisiste? si lo creo;
correspondió? bien está...
ya no es tuya.

D. Juan. Si un perverso
no la hubiese violentado,
no hubiera por viles medios
seducido su inocencia,
no la viera yo en ageno
poder, ella fuera mia...
si para amarse nacióron
nuestras almas, y debian
unirse con nudo estrecho,

¡ay! quién pudo desatarle;
quién le rompe?... ¡qué tormento!

Doña Beat. Está muy reciente el mal,
no extraño que digas eso;
pero despues... *D. Juan.* Sí, despues,
quando ya me hubiere muerto.

Doña Beat. Por Dios que...

D. Juan. Y hay en la tierra
justicia, virtud, respeto
á la religion... ¡que así
usea del poder paterno
con una niña inocente!
¡qué validos del pretexto
de educacion, tiranicen,
un corazoncito tierno,
donde ya reside amor!
¡qué iniquidad! ¡qué violento
sacrificio! Ella turbada
entre el pudor, y el respeto,
tímida, engañada y sola...
ya se ve, no pudo ménos.
¡Tantos contra mi querida
Isabel!... ¡yo sin saberlo
ausente de ella cien leguas,
de tristes sospechas lleno!
¡ella zelosa de mí
sin motivo, resistiendo
mil astucias, ¡desgraciada!
¡qué afliccion, que desconsuelo
el tuyo!... y hay en la tierra
piedad, virtud? no lo creo. *Se levanta.*

D. Beat. ¡Válgame Dios! yo estoy muerta:
Juanito, qué descompuesto,
qué perdido estás. *D. Juan.* Gines.

Doña Beat. Un hombre de entendimiento
ha de conocer.

D. Juan. Gines.

Doña Beat. No me escuchas?

SCENA IV.

Gines, Doña Beatriz y Don Juan.

D. Juan. Vuelve presto,
mira. *Gines.* ¡Señor!

D. Juan. Ve á la plaza,
y en casa de Don Anselmo
pregunta; porque él me ha dicho
que verá de componerlo
con un Capitan su amigo,
en cuyo buque podremos
salir hoy mismo.

C

Gines.

Gines. No acabo de entender...

D. Juan. Mira, Don Pedro de Arizabal no nos puede llevar, pero podrá hacerlo un amigo suyo en otra embarcacion; á este efecto quedó en hablarle, y llevar la razon á Don Anselmo de sí puede ó no su amigo: con la respuesta te espero en su casa... pero no, vente por acá primero, que ya habré vuelto. *D. Roque* otra vez? *Guardeos el Cielo.*

SCENA V.

Don Roque y Doña Beatriz.

D. Roq. Beatriz, pregunta.

Doña Beat. Qué quieres?

D. Roq. Solo preguntarte quiero quando me dexas en paz, quando mudas de aposento; mas claro, quando te vas á tu casa.

Doña Beat. Estoy en eso, se dispondrá.

D. Roq. No me empieces con tranquilas ni rodeos: ya te he dicho que te vayas, que te vayas; pues es cierto ¡que estan las cosas baratas! y sobre todo no quiero mas huéspedes, ¡hay tal tema! Yo no digo que pretendo que te vayas y no vuelvas en toda la vida á vernos, no señor, mas vez ú otra quando quieras, santo y bueno; pero eso de estarse aquí regalando, ni por pienso. Mi muger no necesita á su lado consejeros; con que así, fuera.

Doña Beat. Está bien, no te has de enfadar por eso.

D. Roq. Pero vete.

Doña Beat. Ya me iré, ya me iré. *D. Roq.* Sí, pero quiero que te vayas al instante.

D. Beat. Pues al instante, ¡qué empeño no faltaba mas: cuidado, hombre, que te vas haciendo el ente mas fastidioso, mas ridiculo y mas fiero, que se puede imaginar. Tú quieres que en el momento que mandas te sirvan: quieres que hasta el mismo pensamiento te adivinen, porque todo lo sueles pedir á gestos. Si encuentras alguna cosa puesta tres ó quatro dedos mas allá de donde tú la dexaste, armas un pleyto; si estás alegre, por fuerza han de estar todos contentos, y si te da la morriña (que dura meses enteros) ninguno se ha de reir: si ves hablar en secreto, al instante te malicias (como eres tan majadero) que te burlan ó disponen asaltarte los talegos. Si echan en la lamparilla un poco de aceyte ménos, son ladrones, porque todo lo sisan para venderlo; si echan aceyte de mas, que no tienen miramiento ni conciencia, y se conoce bien que no lo pagan ellos. Genio como el tuyo, vaya, no le he visto; y lo que siento es que siempre va á peor. Por esto, hermano, por esto no me voy: Isabelita ántes de su casamiento apenas te conocia, yo la digo, yo la advierto lo que ha de hacer: déxala que te vaya comprendiendo, que sepa tus extrañezas, en fin que te trate, y luego verás como sin que nadie me lo diga, dexo el puesto: que por no verte se puede dar muchísimo dinero: á Dios.

SCENA VI.

Don Roque y despues Muñoz.

D. Roq. Beatriz, á otra puerta; pero no perdamos tiempo, esta es la ocasion, Muñoz, lo primero es lo primero: Muñoz. *Muñ.* Vaya.

D. Roq. Mira, ahora es ocasion, miéntras veo si alguno viene, te escondes, como tenemos dispuesto. Vamos, hombre, ¡qué pesado eres! *Muñ.* No soy mas ligero.

D. Roq. Despacha: por este lado puedes entrar.

Muñ. ¡El proyecto!

D. Roq. ¡Hombre!

Muñ. ¡Dale! si es inútil todo; qué pensais que harémos con el escondite? nada, nada, si lo estoy ya viendo: á qué es cansarse?... y supongo que hoy se van, lo doy por hecho, que los tres quedamos solos; las desazones, los zelos no se acabarán jamas.

D. Roq. Por qué?

Muñ. Qué, no dais en ello? porque no puede hacer migas una niña con un viejo: no Señor. Si ella es alegre, antojadiza en extremo, amiga de cortejillos, de comedias, de paseos, y aquí de todo carece: siempre metida en encierro, condenada de por vida á vestiros y coseros: á ver ese gesto; á oír el continuo cencerreo de la tos; á calentar trapajos en el invierno para el vientre; á cocer aguas, preparar polvos, unguentos, parches, cataplasmas, ¡digo! cómo la ha de gustar esto? vaya, si no puede ser, todo será fingimiento...

D. Roq. Hombre, vamos.

Muñ. Quiero hablar,

que no soy ningun podenco: si señor, á cada paso habrá silvidos, acechos, villeticos, tercerias.

D. Roq. En parte, Muñoz, comprendo tu razon, su genio es ese.

Muñ. ¡Dale bola! no es el genio, la edad, la edad, ahí está, en la edad está el misterio. Los hombres y las mugeres todos, poco mas ó ménos, son de una misma calaña: los chicos gustan de juegos, de alborotar y correr, y poner mazas á perros; las muchachas, transformando en mantellina el moquero, van á Misa y á visita, se dicen mil cumplimientos, y en cachibaches de plomo hacen comida y refresco. Luego que son grandecillas olvidan tales enredos, ni piensan en otra cosa que en uno ú otro mozuelo, que al salir de casa un día las hizo al descuido un gesto: Señora madre las guarda, las refiere mil exemplos, y las hace por la noche repasar un libro viejo, donde dice no se qué de pudor y encogimiento. El padre piensa que tiene en la chiquilla un portento de virtud, y ella entre tanto piensa en su lindo Don Diego. Pues no digo nada el Cuyo que anda que bebe los vientos, y pasa noches enteras hecho un arrimon eterno aguardando la ocasion de ver un postigo abierto por donde Doña Mencía le diga: ce Caballero. Ella y él á voces piden matrimonio; presto, presto, y en eso no piden mal: y por qué no lo pidiéron quando el uno en el corral con otros chicos traviesos jugaba á la coscojilla;

y ella en el recibimiento con las muchachas dé en frente se estaba haciendo muñecos de trapajos, y les daba sopitas de cisco y hieso? por qué? Porque con los años es preciso que mudemos de inclinaciones, Señor; y quando se acerca el tiempo de que la sangre nos bulle, y nos pide galanteo, los mocitos se aficionan á las mozas, no hay remedio; porque cada qual se arrima á su cada qual, no es esto? Y pensar que el genio causa esta inclinacion, es cuento; ó es menester confesar que todos tienen un genio quando tienen cierta edad. Yo, Señor, en mí lo veo, fui muchacho y mozalbete, y tuve por aquel tiempo las travesurillas propias de un chiquito y de un mozuelo; pero despues se acabó, ¡oxalá no fuera cierto! y no espero, ¡qué esperar! ni por acaso lo pienso, que ninguna muchachuela, que la rebosa en el cuerpo la robustez y el calor, se aficiona de mi gesto... vamos, eso es disparate, y aunque es doloroso el verlo, Señor Don Roque de Urrutia, es preciso conocernos.

D. Roq. Muñoz, calla, calla, calla, por Dios, y no hablemos de eso, que cada palabra tuya me parte de medio á medio.

Muñ. ¡Así pudiera explicarme del modo que lo comprehendo!

D. Roq. Pues qué mas has de decir? mal haya aman... **Muñ.** El camueso que... **D. Roq.** Calla.

Muñ. Callo, y me escurro. *Hace que se va.*

D. Roq. Vuelve, mira.

Muñ. Miro, y vuelvo.

D. Roq. Hombre, si te he dicho ya que tienes razon, que es cierto quanto acabas de decir;

pero Muñoz, quid faciendum? quieres que me tire á un pozo? quieres...

Muñ. Yo, Señor, no quiero mas que decir mi sentir sin disfraces ni rodeos.

D. Roq. Ya me lo has dicho mil veces, y cada vez que te veo predicar sobre el asunto me degüellas... lo que quiero es que te escondas.

Muñ. En dónde?

D. Roq. Aquí, vamos, entra presto: nadie viene, vamos, hombre.

Muñ. Por el alma de mi abuelo que disparate mayor no lo pensara un jumento. No conoceis... **D. Roq.** Muñoz, vete, marcha de mi casa presto, vete, recoge tu ropa.

Muñ. Sí...

D. Roq. Vete, que no te quiero volver á ver en mi vida; vaya, marcha. **Muñ.** Ya me meto.

D. Roq. Por aquí. **Muñ.** Vamos allá.

Empieza Muñoz á meterse debaxo del canapé.

D. Roq. Luego que te metas dentro te tiendes de largo á largo, y descansas. **Muñ.** Ya lo entiendo.

D. Roq. Qué no cabes?

Muñ. No lo sé. **D. Roq.** Cómo?

Muñ. Que allá lo veremos.

D. Roq. Parece que viene gente.

Dirá este verso Don Roque quando Muñoz está ya medio escondido, hace diligencias para salir, y le ayuda su amo.

Muñ. Esta es otra.

D. Roq. Vaya, lerdo.

Muñ. Aquí te quiero escopeta.

D. Roq. Que vienen ya.

Muñ. Si no puedo ir adelante ni atras, mas que venga un Regimiento.

D. Roq. Pues haz por salir, á ver.

Muñ. No hay que tirar tan de rio.

D. Roq. Es porque salgas aprisa.

Muñ. Ya salí.

D. Roq. ¡Jesus, qué aprieto!

Muñ. Mas aprieto ha sido el mio que por poco no rebiento.

SCENA VII.

Don Roque y Doña Isabel.

D. Roq. Si habrá visto... pero no.

Doña Isab. ¿Me llamabais?

D. Roq. No por cierto.

Esta es excusa. Parece que los huéspedes se fueron.

Doña Isab. Pienso que sí.

D. Roq. ¿Qué me dices de ese Don Juan? ¡ves qué atento, qué bizarro y entendido!

quien le conoció chicuelo, y ahora le ve... vaya, vaya, los mozos nos hacen viejos: ¡cómo calla la bribona! *(ap.)*

Y aun me parece que tengo especies de haberte visto alguna vez, allá en tiempo de Don Alvaro, en su casa.

Doña Isab. Es verdad.

D. Roq. Sí, bien me acuerdo.

¡Qué traviesos erais todos!

qué chillidos, y que estruendo andaba en la sala obscura

por las noches del invierno,

quando ibamos á jugar

al revesino, Don Pedro,

Don Andres, y Don Martin

de Urquijo: ¡qué hombres aquellos!

aquellos si que eran hombres... lloras?

Doña Isab. No Señor.

D. Roq. Yo veo

que lloras; di la verdad

¿qué tienes? algun misterio

hay aquí, ¿dices, por qué lloras?

D. Is. No lo extrañeis, pues me acuerdo

con eso que me decís

de aquel venturoso tiempo...

D. Roq. De aquel tiempo quando os ibais á retozar.

Doña Isab. No por cierto.

D. Roq. Tú, D. Juan, y otras muchachas, y el hijo de Don..

Doña Isab. No es eso.

D. Roq. ¿De Don Blas; y en la cocina

no dexabais en su puesto

ni vasija ni cacharro?

¡Isabel, aquellos juegos!

Doña Isab. ¡Ay triste!

SCENA VIII.

Gines con un papel en la mano, y dichos.

D. Roq. Hola, recado tenemos *ap.* y villetico tambien:

yo he de verle. ¿Adónde bueno, Señor Gines?

Gines. A buscar á mi amo.

D. Roq. Ya te entiendo: ¿con que al amo?

Gines. Sí, Señor.

D. Roq. ¿Y ese papelillo abierto es para el amo tambien?

dadmele acá. *Gines.* ¡Bueno es eso! si no es para vos.

D. Roq. No importa.

Gines. Advertid...

D. Roq. Yo nada advierto:

es empeño el verle ya.

Gines. Ahí le teneis, si es empeño.

Le da el papel, y Don Roque lee.

Doña Isab. ¡Qué dirá el papel!

Gines. El hombre

gasta mucho cumplimiento.

Doña Isab. Llena de temor estoy. *ap.*

D. Roq. Pues toma, llevale presto.

Gines. ¿Pero está en casa mi amo?

D. Roq. No está en casa, segun creo.

Doña Isab. No está, no está.

Gines. Agur, Señores.

D. Roq. A Dios, amigo.

SCENA IX.

Don Roque y Doña Isabel.

D. Roq. En efecto se va Don Juan.

Doña Isab. ¿Cómo? ¿adónde?

D. Roq. ¡Si será el lloro por esto! *ap.*

hoy mismo se ha de embarcar

¿qué dices? *Doña Isab.* Yo nada.

D. Roq. El viento

es propio para salir,

y me parece muy bueno

que vaya á América: allí

si se da por el comercio

hay muy buena proporcion;

es verdad que no le veo

inclinado á comerciar;

pero, en fin, quando lo ha hecho

él sabrá por qué se va,

y adonde vá, que no es lerdo....

¿qué dices?

Do-

Doña Isab. Nada, Señor.

D. Roq. Es un mozo muy atento,
y de bella inclinacion:
yo he celebrado en extremo
haberle tenido en casa,
y aunque ha estado poco tiempo,
he comprendido que tiene
prendas de muy caballero:

¿qué te parece? ¿es verdad?

Doña Isab. No hay duda, señor, es cierto.

D. Roq. ¿Estás triste?

Doña Isab. No, Señor.

D. Roq. ¿Qué, no te gusta que hablemos
de nuestro huésped?

Doña Isab. ¿A mí
qué se me puede dar de eso?

D. Roq. Dices bien, ¡hola! ya es tarde.

Saca el Relox.

Doña Isab. ¿Salís otra vez?

D. Roq. Si, tengo
que hacer mil cosas, Muñoz
tambien ha de salir luego:
quando se vaya, tened
cuidado, y estad atentos
por si alguno llama. A Dios.
Tú caerás en el anzuelo. *op.*

SCENA X.

Doña Isabel y Doña Beatriz.

Doña Beat. ¿Vienes adentro, Isabel,
ó te agrada que saquemos
á esta pieza la labor?

Doña Isab. ¡Ay Beatriz!

Doña Beat. Dexemos eso,
Isabelita.

Doña Isab. ¡Ay de mí!

D. Beat. Vamos, hermana, ¡qué es esto!
¿no ha de haber prudencia en tí?
¿es ese el ofrecimiento
que me has hecho de olvidarle;
y siguiendo mi consejo,
despedirle para siempre
ántes que llegue el extremo
de que lo sepa mi hermano?

Doña Isab. Ya lo sabe, ya no es tiempo
de disimular con él;
mis ojos se lo dixéron,
mis suspiros...

Doña Beat. ¿Pues qué ha dicho?

Doña Isab. Nada; pero yo que advierto

en sus palabras y acciones
mucho artificio, y misterio,
he llegado á conocer
que está zeloso é inquieto
porque no se va Don Juan.

D. Beat. ¡Ay, hermana, qué mal hecho
qué mal hecho!... pero yo
no lo supe, qué á saberlo...

Doña Isab. ¿El qué, Beatriz?

Doña Beat. Que venia
á Cádiz: yo te prometo
que si hubieramos sabido
su venida, conociendo
al uno y otro, yo
hubiera sabido hacerlo
de modo que él no viniese
á renovar sentimientos,
á turbar nuestra quietud,
á dar á mi hermano zelos;
pero, Isabel todavía
si eres honrada hay remedio.

Doña Isab. ¿Dudas de mí?

Doña Beat. No, confío
en tu virtud, y por eso
con franqueza he de decirte
lo que has de hacer.

Doña Isab. Dilo presto.

Doña Beat. No verle mas; los combates
de amor se vencen huyendo.
no le escuches, no le veas,
y entre tanto dispondremos
que se vaya.

Doña Isab. En vano es ya,
pues su partida ha resuelto
el mismo, y ha de embarcarse
muy pronto, segun entiendo.

Doña Beat. Eso es lo que debe hacer;
¿pero lo sabes de cierto?

¡Ay! Isabel, esas son
palabras que lleva el viento.
En fin, tú debes hacer
lo que te he dicho, y te ofrezco
que hoy mismo estaré con él;
sabré qual es su deseo,
y de una manera ú otra
saldrá de casa muy presto,
muy presto.

Doña Isab. ¡Válgame Dios!

Doña Beat. Si es noble, si es caballero,
ha de conocer la fuerza
de la razon, y no creo
que permita que mi hermano

viva de ti descontento.
Si te estima, no querrá
verte notada del pueblo,
sin honor, aborrecida
de tu marido; si es cuerdo,
si teme á Dios, con dexarte
dará á tanto mal remedio.

Doña Isab. ¡Qué bien dices! tú me das
valor, tú me das consuelo:
sí, primero es la virtud...
pero ¡ay de mí!... ya resuelvo
lo mejor; yo, yo sabré,
dando fin á tantos yerros,
decirle que me abandone,
que se vaya, que no quiero
volver á ver en mi vida
á un hombre que ya aborrezco.

Doña Beat. ¿Le aborreces? ¿y tendrás
valor para decir eso?
¡ay! Isabel lo que importa
es, que por ningún pretexto
le vuelvas á ver jamás;
yo le diré todo eso
que tú le piensas decir;
vente conmigo allá dentro,
y fingiendo que estás mala,
á nuestro engaño daremos
principio, ven.

Doña Isab. Ya te sigo.

SCENA XI.

Doña Isabel y luego Don Juan.

Doña Isab. Gente viene; ¡pero Cielos!
él es, me voy; ¿qué he de hacer?
¡triste de mí! no, no quiero
verle.

Don Juan. Isabel.

Doña Isab. Si venís
ó enamorado ó atento;
á despediros de mí,
guarde vuestra vida el Cielo,
y os lleve con bien. ¡Ay triste!

D. Juan. A solo decirte vengo...

Doña Isab. Sí, que te vas, ya lo sé:
vete, yo te lo aconsejo;
vete, cruel! si tú tienes
valor ¡ay Dios! para hacerlo;
para rogartelo yo,
si no le tuve, hoy le tengo.

D. Juan. ¡Ah! ¡qué no sabes la pena!...

Doña Isab. Sí, ya sé lo que te debo:
vete, y déxame morir...
pero en fin, ¿te vas? ¿es cierto,
es cierto, Don Juan? ¿después
de un amor tan verdadero
puede esperar este fin?
¿esto mereció mi afecto?

D. Juan. ¿Y esto he merecido yo?
¡ah! ingrata muger, ¿qué has hecho?
¡qué facilidad la tuya!
¿quál violencia, qué respeto
así te pudo obligar,
para deshacer tan presto
la union mas apetecida
que formó el trato y el tiempo?
¡ay! ¡qué tiempo aquel! ¿te acuerdas?
¿te acuerdas?

Doña Isab. ¡Yo desfallezco!

D. Juan. Quando de nuestra fortuna
tu contente y yo contento
esperábamos de amor
galardones lisonjeros:
el trato, la inclinacion,
la edad, los alegres juegos,
los mal fingidos desvios...

D. Isab. Don Juan ¡ay de mí! ¡yo muero!

D. Juan. Un suspiro, una palabra
de tu boca, un halagüeño
mirar, toda mi ambicion
era, todos mis deseos...
ya se acabó: sí, te quise,
sí; es verdad que en otro tiempo
nos amabámos los dos,
pasó como sombra y sueño.
Tú cediste á las instancias
de un hombre vil y perverso;
cediste, y una ilusion,
unos aparentes zelos
te pudieron obligar
á olvidar mi amor primero...
¡debilidad femenil!

Doña Isab. Tarde lo lloro y lo siento.

D. Juan. ¡Tarde! es verdad, en la muerte
toda mi esperanza tengo,
ella acabará mi mal.

Doña Isab. ¡Oh! ¡no lo permita el cielo!
yo sí moriré de angustia,
que no hay valor en mi pecho
para tanto; ¡ay infeliz!

D. Juan. A Dios, ya no nos veremos
otra vez, de tí apartado
buscaré climas diversos...

Isa--

Isabel, querida mia,
no te olvides del afecto
que nos tuvimos los dos;
ya nada de ti pretendo,
sino que mi fe, mi amor,
viva en tu memoria eterno:
quiéreme bien, piensa en mí
quizá hallará mi tormento
alivio, quando imagine
que de la hermosura que pierdo
alguna lágrima, algun
tierno suspiro merezco...
Pero ay de mí! no, Isabel,
olvida el cariño nuestro:
no te acuerdes mas de mí:
borra de tu pensamiento
la memoria de un amor
tan malogrado y funesto:
ama á tu esposo y no mas,
ámale, yo te lo ruego,
y dexame ya partir.

Doña Isab. ¡ Señor!

D. Juan. ¡ Isabel!

Doña Isab. Ni puedo
hablar, ni se qué decirte.
¡ Ah si vieras cómo tengo
mi corazón!

D. Juan. ¡ Ah! si vieras...
pero á Dios, y este postrero

*Quiere abrazarla, y ella le detiene
retirándose.*

abrazo, confirme..

Doña Isab. Aparta. *D. Juan.* ¿Hayes?

Doña Isab. Sí, de tí me alejo:
que me ofreces mil peligros
en cada vez que te veo.

D. Juan. ¡ Cruel!

Doña Isab. ¡ Ah! Don Juan, ¿qué quieres,
qué quieres de mí? si el Cielo
lo ordena así, ya lo ves,
cedamos á su precepto.

Vete, ya que de este modo
mi desgracia lo ha dispuesto:
vete, sí, nunca me veas;
nuestro honor lo está pidiendo;
mas no te vayas de Cádiz,
ni me des mayor tormento:
no porque te llore ausente,
quieras que te llore muerto;
que á un infeliz mas le sirve
de affliccion que de consuelo
buscar Provincias remotas

con tanaos mares en medio.
Una Ciudad populosa
ofrece muchos objetos,
y tus penas cederán
á la reflexion y al tiempo.
Baste á infundirte valor
ver que yo te doy exemplo:
que me separo de ti
entregada al mas acerbo
dolor: sí, que si no fuese
este amor tan verdadero,
no fuera virtud en mí
dexarte como te dexo:
pero es preciso, Don Juan;
casada estoy, honor tengo:
¿qué disculpa hallar sabré
á mi ceguedad? ¿qué premio
puedo esperar de un delito,
y delito tan horrendo?
¿adónde irémos entonces?
¿qué harás?... ¡ah! si no hay remedio,
separémonos entrambos,
muera yo de sentimiento,
ausente, desamparada
de mi bien, que alegre muero,
si á costa de tales penas
pura mi opinion conservo.

D. Juan. ¡ Ay querida de mis ojos!
¡ quién te ha dado tal esfuerzo!:::

Doña Isab. ¡ Oh virtud! ¡ oh dolorosa
virtud!

*Doña Isabel se va por la puerta de la
izquierda, y D. Juan, despues de una
breve suspension, por la parte
opuesta.*

D. Juan. Dios me dé consuelo.

SCENA XII.

Muñ. solo. Llegó el caso: no hay que darle
vueltas, es preciso hacerlo.
Válgate el diablo por hombre,
¡qué perdido tiene el seso!
¡ ay que boda! ¡ ay que Don Juan!...
Muñoz, ánimo y á ello.

*Estando ya medio escondido debaxo del
canapé, suena la campanilla, entonces
dirá los dos últimos versos, y
acaba de esconderse.*

No, pues ya no he de salir
aunque echen la puerta al suelo.

SCENA XIII.

Blasa atraviesa el teatro, y sale después con Gines.

Blasa. Ya van, ya van; ¡hay tal prisa!
Gines. Juzgué que estaba durmiendo.

Blasa. No, sino que se ha marchado sin decir nada allá dentro.
¡Vaya que es muy fastidioso el tal Muñoz! *Gines.* Yo no entiendo como Don Roque le aguanta.

Blasa. ¿Cómo? bien fácil es eso: porque hace doscientos años que está en la casa sirviendo: porque es viejo, que los dos no se llevan mes y medio: porque es ruin como su amo: porque le ha cogido miedo: porque para qualquier cosa se vale de su consejo; y si Muñoz no lo dice, no puede haber nada bueno: porque le sirve de espía, le va con todos los cuentos, y quando sale su amo se está en el portal, fingiendo que duerme ó reza, y no hay cosa que él no sepa; viene luego Don Roque, y el estantigua maldito de su escudero ce por be todo lo sopla.

Gines. ¡Haya viejarron perverso! ¡miren el cara de angustia qué modos tiene tan bellos de hacerse querer! ¡bribon!

Blasa. Yo siempre la estoy diciendo á mi ama que volvamos á nuestra casa, y dexemos á esos hombres, que parecen dos espantajos de un huerto: vaya que los dos... *Gines.* Pues yo, Blasilla, pronto los dexo.

Blasa. Si, ¿cómo? *Gines.* Como nos vamos allá, ¿qué sé yo? muy léjos.

Blasa. ¿Y cuándo?

Gines. Hoy mismo, si el ayre no nos pone impedimento.

Blasa. Dichoso tú, que de hoy mas no verás á ese estafermo de Muñoz, ni á mi Don Roque tan fastidioso y tan puerco.

SCENA XIV.

Doña Isabel, Gines y Blasa.

Doña Isab. Blasa.

Blasa. Señora.

Doña Isab. Beatriz te llama.

Blasa. Allá voy corriendo. *vase.*

Doña Isab. ¿En dónde estará tu amo?

Gines. En la playa, mientras vengo por el caxon que quedó sobre la mesa allá dentro.

Doña Isab. Vé por él.

SCENA XV.

Doña Isabel sola. ¡Ay infeliz! no hay que hacer, se va en efecto, ¿y adónde? adonde ¡oh dolor! á buscar peligros nuevos. ¿Qué precision puede haber de cruzar un golfo inmenso que nos ha de separar no solo para no vernos, sino para no saber si mi bien es vivo, ó muerto? ¡Ah! no: sepa yo que él vive, y que logra algun consuelo en su patria, acompañado de sus amigos y deudos. Esto importa.

SCENA XVI.

Doña Isabel y Gines con una caja.

Doña Isab. Gines, dile á tu amo que le espero sin falta al instante, ahora: pues no ha nada que salieron Don Roque y Muñoz; en fin, dirásle que á todo riesgo venga, que le quiero hablar.

Gines. Voy, señora; pero temo...

Doña Isab. ¿Qué?

Gines. Que es ya mala ocasion, pues está todo dispuesto y al primer tiro de leva, saldrán las naves del puerto.

Doña Isab. ¡Misera! corre, ¡ay de mí!

SCENA XVII.

Muñoz solo, que sale del canapé.

Muñ. Gracias á Dios que se fuéron:
¡ canallas! si tardo un poco
en salir, pierdo el pellejo.
¡ La Blasita! ¡ pues el otro
bribon!... y cómo me he puesto
de basura.. ¿ si será
verdad lo del testamento?
¡ Qué buena gente hay en casa!
los demonios del infierno
no son de raza peor:
Don Roque, malo va esto.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Doña Isabel y Doña Beatriz.

Doña Beat. En fin, parece que Dios
todas las cosas ordena
á favor nuestro: Don Juan
conociendo lo que arriesga
en quedarse, va á marchar:
la esquadra se hará á la vela
en esta mañana misma.
Ya, Isabel, estoy contenta,
ya se acabó mi temor:
tus inquietudes serena,
pues ya él se fué. No presumas
que tu marido sospecha
nada; no; yo le conozco,
sé su genio y sus ideas:
demás, que en tan breve tiempo
no es posible que pudiera
haber llegado á saber
éstas cosas. Tu prudencia
emendará lo demás:
él te quiere, y si te esmeras
en darle gusto, veras
como todo se remedia.

Doña Isab. Si, Beatriz, así lo haré;
tú mi timidez ahuyentas;
conozco mi error, conozco
los peligros, que me cercan
por una ciega pasión,
que ya desechar es fuerza.

¡ Ay hermana! estas paredes
me acusan, donde quiera
que vuelva la vista... ¡ oh quanto
poder la verdad encierra!

D. Beat. No es mucho, Isabel, que ahora
turbada y débil te sientas:
eres niña, y este golpe
te ha de causar mucha pena.

Doña Isab. Digalo quien como yo
hubiese amado de veras.

Doña Beat. Despues, Isabel, que borres
estas memorias funestas,
al cuidado de tu casa,
y de tu marido atenta,
libre de este sobresalto,
vida afortunada y quieta
lograrás, por mas que ahora
imposible te parezca.

Si, querida, no lo dudes,
el trato carifio engendra:
¡ qué feliz serás entónces!
hoy lloras, y te lamentas
de tu suerte; vendrá el dia
que á ti te cause vergüenza,
y al acordate dirás.

¡ Señor! ¡ qué pasión fué aquella!
no estuve en mí, no es posible;
porque si pensado hubiera
el peligro, ni un instante
mi pundonor permitiera
tal exceso: ¿ y yo engañada
lloré de Don Juan la ausencia?
Yo pude sentirlo, quando
mi quietud logré por ella,
el amor de mi marido...

¡ qué ceguedad! ¡ qué flaqueza!

Doña Isab. ¡ Ay Beatriz!

Doña Beat. Hermana mia,
¿ qué tienes? nada hay que temas.

D. Isab. ¡ O! ¡ qué mal hice en llamarle! *ap*

Doña Beat. ¿ Por qué, di, no te consuelas!
si coloces la verdad,
no des lugar á que venza
la inclinacion; siempre has sido
muy christiana, muy honesta
y muy prudente tambien;
y si lograrlo deseas...

Doña Isab. ¿ Llamáron? él es sin dudas:
Aparte, haciendo que se va.

¿ á dónde irá?

Doña Beat. ¿ Qué te altera?

¿ por qué te vas, si es mi hermano?

SCE-

SCENA II.

Don Roque y las dichas.

D. Roq. ¡Qué entruchadas serán estas de volver y de tornar!
 ¿dónde está la bata vieja?
 ¿quánto va que no se han puesto los pedazos de bayeta en la espalda? *Doña Beat.* Si dixiste ayer que te los pusieran: no ha habido tiempo de hacerlo.

D. Roq. Idos las dos allá fuera.
Doña Beat. ¿Te quedas sin desnudar?
D. Roq. ¿Qué Don Juan?
Doña Beat. Que si te quedas con ese vestido, ¿ó quieres la bata? *D. Roq.* Quando la quiera yo sabré llamar. *Doña Isab.* Beatriz, de sobresalto estoy llena.

Doña Beat. ¿Quieres algo?
D. Roq. No Señora.
Doña Beat. ¿Qué tienes? ¿qué te molesta?
D. Roq. Nada: ¿qué la importará, que yo tenga lo que tenga?
 ¿no he dicho que me dexéis?
Doña Beat. Ven, Isabel.

SCENA III.

Don Roque y Muñoz.

D. Roq. Muñoz, entra:
 con que el recado no es mas...
Muñ. ¿Ahora salimos con esa?
 Sí, Señor, no es nada mas, que lo que dixes allá fuera.
D. Roq. ¿Qué vaya y diga á su amo, que venga al punto? *Muñ.* Qué venga.
D. Roq. ¿Qué los dos hemos salido?
Muñ. Eso mismo.
D. Roq. ¿Qué le espera sin falta, sin falta? *Muñ.* Cierto.
D. Roq. Y dices que estaba inquieta, y lloraba? *Muñ.* ¡No que no!
D. Roq. ¿Y qué otra cosa era aquella, que me empezaste á decir?
Muñ. Eran alabanzas vuestras.
D. Roq. ¿Con qué en efecto, estantigua me llamáron? *Muñ.* Y postema.
D. Roq. ¿Y zenacho? *Muñ.* Y viejarron.
D. Roq. ¡Habrá mayor desvergüenza!
 ¿con que todas esas flores

dixo de mí? *Muñ.* Y otras treinta.

D. Roq. ¿Y luego le dió el recado?

Muñ. La del recado no es esa.

D. Roq. Pues Isabel... *Muñ.* Isabel no trató esa materia.

Blasilla fué la que dixo, que Don Roque es un babiaca, que parece un espantajo, que es sordo como una piedra, que le corrompe el aliento, que tiene hinchadas las piernas, que no puede ser casado, que...

D. Roq. Calla por Dios, no quieras que vaya allá, y de un porrazo la mate: ¡haya picarueta, habladora, embusterona!

Muñ. Yo no sé si es embustera, pero que lo dixo es cierto.

D. Roq. De suerte, que ya no queda en esta casa ninguno, que mi tormento no sea, mi repudricion... ¡infame! si estoy por ir y cogerla de los cabellos, y darla á la picara tal felpa...

Muñ. ¿A cuál de ellas? *D. Roq.* A Blasilla.

Muñ. Pregunta ha sido bien necia la mia; que esotras dos en nada os han hecho ofensa.

D. Roq. ¡Ay Muñoz! ¡qué distraido con lo que ménos debiera irritarme...! ¿qué he de hacer, qué he de hacer? ¡si no me dexa la cólera discurrir!

Mira, Muñoz, la cabeza la tengo como un tambor. ¡Señor! si este mozo intenta salir hoy mismo de Cádiz, para separarse de ella; si le he dexado en la playa aguardando á que viniera el bote; si se despide de mí; si el tiempo se acerca de salir, que de un instante á otro la señal espera...

¡San Antonio! ¿para qué le habrá mandado que venga?

Muñ. Con el hijo de mi madre pudieran venirse á fiestas.

D. Roq. ¿Pues en tal caso qué harías?

Muñ. Yo sé muy bien lo que hiciera.

D. Roq. ¡Hombre! por San Juan bendito te suplico... *Muñ.* Ya comienza otra vez el pordioséo.

D. Roq. Que me digas lo que hicieras, si fueras Don Roque ahora.

Muñ. Si fuera Don Roque en esta ocasion, no dexaria.

Mientras Muñoz dice estos versos, Don Roque se pasea pensativo por el teatro.

vivir á Muñoz: le diera mil quejas á cada instante, porque no huele y acecha; le pidiera parecer una, quatro, veinte, treinta veces, y sin hacer nada, ni resolver á derechas, á mi escudero infeliz le hiciera pagar la pena de lo que otro cometió; le acosara, le envistiera le matara... ¿no me oís?

D. Roq. Yo he de perder la cabeza con estas cosas, Muñoz: vaya, no hay que darle vueltas, lo que te he dicho has de hacer.

Muñ. ¿Qué he de hacer?

D. Roq. ¿Ya no te acuerdas?

Muñ. ¿De qué, Señor?

D. Roq. Es verdad...

si estoy loco... *Muñ.* ¿Quién lo niega?

D. Roq. Ya se vé, si no lo he dicho!...

Mira, Muñoz, si ella espera al Don Juan, quizá no viene, porque sabe ó se rezela que estoy en casa: Gines...

vaya, como si lo viera, me habrá atisbado al entrar,

que si no... pero mis tretas me han de valer; corre, amigo,

corre, que en tu diligencia consiste... mira, ya sabes

dónde las llaves se cuelgan: ¿conoces la del porton?

Muñ. ¿Cuál, Señor?

D. Roq. Aquella vieja:

¿estás? *Muñ.* ¡Ah! ¿la del postigo que cae á la callejuela?

D. Roq. Esa misma. *Muñ.* Si ha mil años que por allí nadie entra ni sale. *D. Roq.* No importa nada; traeme la llave.

Muñ. ¿Y qué nueva invencion? *D. Roq.* Ya la sabrás: ten cuidado no te sientan.

ESCENA IV.

Don Roque solo paseándose por el teatro.

D. Roq. ¡Ay Señor, esto va malo, malo, malo.. picaruela!

¿Si parecerá la llave?

Muñoz dice bien, no es ella quién tiene la culpa, yo, yo la he tenido... si fuera decir... pero si, ¡emendarse! quando cumpla los ochenta.

¡Bien dice Muñoz! ¡mal año si dice bien! él me inquieta

con sus cosas, pero encaxa unas verdades tan secas...

Si yo se lo hubiera dicho ántes, no me sucediera

este chasco, si por cierto.

¡Pobre Don Roque! ¡qué buena la hiciste! ¡pobre Don Roque!...

Pero quizá si nos dexa este Don Juan, puede ser,

que lograra... Dios lo quiera.

SCENA V.

Don Roque y Muñoz.

D. Roq. ¿Pareció? *Muñ.* Pareció.

D. Roq. Sabes si alguna te vió cogerla?

Muñ. Nadie ha visto nada.

Muñoz da una llave á Don Roque.

D. Roq. ¿No?

pues anda, y dila que venga.

Muñ. ¿A quién? *D. Roq.* A Blasa.

Muñ. ¿A la niña deslenguada y bachillera,

que os trató de podrigorio?

¿pues que pretendéis con ella?

D. Roq. Entablar este proyecto;

con el qual, si no se yerra,

á los dos he de pillar:

confirmaré mis sospechas,

y entonces me han de pagar,

juro á tal, la desvergüenza.

Llama á Blasilla. *Muñ.* Ahí parece

que viene. *D. Roq.* Pues salta afuera.

Muñ.

Muñ. Con tanto preparativo,
tanto vaya, torne y vuelva,
se pasa el tiempo... ¿y qué hará?
lo que hizo cascaciruelas.

SCENA VI.

Don Roque y Blasa.

D. Roq. Oyes, Blasilla.

Blasa. Señor.

D. Roq. Vamos á hacer la desecha. *ap.*

Mira, yo voy á salir;
si á eso de las doce y media
no he vuelto, podeis comer;
que es señal que como fuera.

Blasa. ¿Fuera, Señor?

D. Roq. Sí, porque
un conocido me espera
para un asunto, y quizás
no querrá que á casa vuelva,
y me quedará con él.

Blasa. Vaya, Señor, que no os dexan
parar en casa. *D. Roq.* Es preciso
hacer yo mis diligencias.

Blasa. Y nosotras encerradas
en esta cárcel estrecha,
si no es á Misa, jamas
damos por ahí una vuelta.

D. Roq. Las mugeres recogidas,
que tienen juicio y vergüenza,
se estan en casa, y no son
busconas ni callejeras:
en casa, en casa. Me voy,
que ya el enojo me ciega.

*Don Roque se va muy enojado sin tomar
el sombrero: á las voces de Blasa vuel-
ve, se le pone, y se va por la
puerta del lado derecho.*

Blasa. Digo, Señor, ¿y el sombrero?

¿Señor? si... ¡qué paso lleva!

¿Señor? ¿quanto va que pierde
este viejo la chaveta?

Ya vuelve, gracias á Dios:

tomad el sombrero. *D. Roq.* Venga.

SCENA VII.

Blasa y despues Muñoz.

Blasa. ¡Qué singular es el hombre!
y que haya muger, que quiera
en lo mejor de su edad,
con una cara de perla,

dos ojos como dos soles,
y un chiste que á todos prenda,
enlodazarse en un viejo
tan carcamal, y tan bestia!
¡Ay, Señor! no; mejor es
morir de puro soltera,
que sufrir á un mamarracho
de un maridazo, alma en pena,
con mas tachas y alifafes,
que el caballo de Gonela.

*Sale Muñoz, y al ver á Blasa se detie-
ne á la puerta.*

Qué es eso, Señor Muñoz,
¿os asustan las doncellas?

si os estorbo... *Muñ.* Sí, me estorbas.

Blasa. ¿Con que os estorbo? ¿de veras?

Muñ. No tengo ganas de hablar.

Blasa. ¿Con qué me iré?

Muñ. Quando quieras.

Blasa. ¡Qué ceño! desde que estoy
en esta casa perversa,
nunca os he visto reir:

siempre con mal gesto. *Muñ.* Y ella
siempre, hablar que te hablarás.

Blasa. Hago bien, que tengo lengua.

Muñ. Hace mal. *Blasa.* No, sino bien.

Muñ. Vaya, no tengamos fiesta.

Blasa. Quiero hablar. *Muñ.* Calla.

Blasa. Si quiero

hablar, dale, ¡hay tal cansera!
fastidiosazo de viejo. *Muñ.* Mura...

Blasa. Cara de materia. *Muñ.* Sí...

Blasa. Rodrigon, pitarroso.

Judas, rabia, rabia. *Muñ.* Espera...

SCENA VIII.

Muñoz y despues Don Roque.

Muñ. ¡Picarona! bien se vé
que no hay en casa quien tenga
calzones; picaronaza!
atrevida, desenvuelta,
á mí... vaya, yo no entiendo
como he tenido paciencia...
el diablo sabe por qué.

*Sale Don Roque por la puerta del lado
izquierdo.*

D. Roq. Muñoz, ya estamos de vuelta:
buena prevencion ha sido,
que pasaras á esta pieza
para espantarlas; ninguna
me ha visto entrar: mi cautela

se

se logró completamente.
Al salir yo por la puerta,
ví al canalla de Gines,
que estaba de centinela
en esa casa de al lado;
yo tuerzo la callejuela,
fingiendo no haberle visto;
y él, que me observaba, apénas
me aparté un poco, marchó,
sin duda á llevar las nuevas
á Don Juan ó Don Demonio.

Muñ. Pero bien, ¿qué se grangea
con ese embrollo maldito
de vueltas y de revueltas,
y entrarse por el porton,
para que las niñas crean
que habeis salido de casa?
Que Gines vaya ni venga,
¿qué importará? ¿ni que juzgue,
que estais dentro, ó estais fuera?
¡Cuidado, que mas parecen
cosas de chicos que juegan,
que no de señor mayor!

D. Roq. Mira Muñoz, esta treta
es, para que si Don Juan,
como le han dicho que vuelva,
por temor de hallarme aquí
se ha detenido, y espera,
para asegurar el lance,
villete, recado, ó seña,
saliendo yo, desde luego,
sin duda se desvanezca:
porque si Gines le avisa
ó estan encargadas ellas
de hacerlo, (que son el diablo,)
vendrá sin remedio á verla,
y entónces...

Muñ. ¿Y entónces qué?
habrá una gran pelotera,
chillidos, voces, y á Dios:
se irá Don Juan: ¿y qué piensa
lograr, mi Señor Don Roque...

D. Roq. La cosa está ya dispuesta:
pero no nos detengamos
en valde, que el tiempo aprieta:
vete por Dios á tu quarto.

Muñ. Mucha diversion me espera.

D. Roq. En tanto que yo la traigo
hácia acá; ¿pero no es ella?

Muñ. Eha misma, que al reclamo
de Don Juan viene que vueta.
Voyme.

SCENA IX.

Don Roque y Doña Isabel.

D. Roq. ¿De qué te suspendes?

Doña Isab. Presumí que estabais fuera
porque Blasa... *D. Roq.* Sí, he salido
á dar por ahí una vuelta,
y... ¿qué dices? *Doña Isab.* Nada.

D. Roq. ¿Qué? *Doña Isab.* Nada, Señor.

D. Roq. No se pierda
el tiempo.

*Don Roque cierra con llave la puerta
del lado izquierdo.*

Doña Isab. Señor, ¿qué haceis?
¡ay de mí! ¡la llave!

D. Roq. Dexa

la llave, nada te importa
la llave. *Doña Isab.* ¿Pero á qué esta
prevencion? *D. Roq.* Mira, Isabel,
yo sé que á Don Juan esperas,
él va á venir. *Doña Isab.* ¡Señor!

D. Roq. Calla,

no me grites, que lo echas
á perder: él va á venir,
yo me escondo en esa pieza;
tú sentada en esta silla,
de modo que yo te vea,
le has de recibir: dirásle,
que ni un punto se detenga
en mi casa; que á qué vienen
todas esas morisquetas
de hacer que se va, y quedarse?
que en su vida á verte vuelva;
y que aunque yo no se nada,
es muy fácil que lo sepa...
pero á la puerta han llamado,
siéntate, la silla vuelta
hácia este lado.

*Don Roque pone una silla en frente de
la puerta de su quarto.*

Doña Isab. ¡Ay de mí!

¡dónde estoy! ¡oh suerte adversa!
mirad, Señor, lo que haceis.

D. Roq. Isabelita, ten cuenta
con lo que te he dicho; mira
que si noto alguna seña
ó palabra, no podré
reportarme, aunque mas quiera,
y tendrémos que sentir.

Doña Isab. ¡Ay infeliz, ¡qué funesta
situacion! pero es posible...

advertid... *D. Roq.* Vamos, que llega.
Doña Isab. Escuchadme.
D. Roq. Lo que he dicho
 harás; cuidado con ello.
*Don Roque se entra en su quarto, cer-
 rando la puerta: Doña Isabel
 se sienta.*

SCENA X.

Doña Isabel y Don Juan.

Doña Isab. ¡Ay desgraciada de mí!
 ¡ay qué angustia! ¡quién pudiera
 avisarle!... no hay remedio.

D. Juan. En fin, Isabel, ordenas
 que volviendo á verte ahora
 nuevo tormento padezca!

¿A qué fin, Isabel mía,
 me detienes, sino espera
 alivio nuestro dolor?

¿Pero qué pesar te aqueja?
 ¿qué tienes? enjuga hermosa,
 esas lágrimas: en ellas

harto me dices; no ignoro
 de tus ojos la eloqüencia:
 ya sé, mi bien, ya sé quanto
 esta partida te cuesta;
 pero...

Doña Isab. Don Juan, ¿qué decís?
 ¿qué decís? idos; no sea
 que mi esposo...

D. Juan. No rezeles,
 que no está en casa, no temas;
 y Gines quedó advertido
 de avisarme quando venga.

Doña Isab. En qualquiera ocasion debo
 serle fiel: ved que si llega
 á saber vuestra porfia...

D. Juan. Cielos ¡qué mudanza es ésta!
 ¡qué lenguaje, que no entiendo!
 Isabel, haz que yo sepa
 estos enigmas, que el alma
 tengo de tu voz suspensa.

Tu me llamaste; y ahora...

Doña Isab. ¿Yo os llamé?

D. Juan. ¿Qué, me lo niegas?
 ¿me lo niegas? ¡ah cruel!

Pues... *Doña Isab.* Callad.

D. Juan. Tú harás que pierda
 el sentido: ¡ingrata! ¿cómo
 cupo en tí tanta fiereza?

Doña Isab. Ignoro lo que decís.

D. Juan. ¿Lo ignoras?... pero no quieras
 apurar mi sufrimiento,
 Isabel, de esa manera.

D. Isab. Ya he dicho que os vais; hacedlo:
 no por vos, Señor, padezca
 mi decoro. *D. Juan.* ¡Ah fementida
 muger, que así mi firmeza
 pagas! ¿para esto quisiste
 que viniese; para esa
 nueva traicion, que tenias
 contra mi vida dispuesta?

Si ya me aparté de tí;
 si ya mi fuga resuelta,
 propuse no verte mas,
 ¿á qué me dices que venga?
 ¿á qué...? Yo viví engañado:
 rindiéronme tus finezas...

¡Ah, qué pronto se persuade
 un hombre lo que desea!

Yo, enamorado de tí...
 juzgué tus palabras ciertas,
 tanto que pudo igualar
 mi cariño á tu belleza:
 ¡y así me pagas!

Doña Isab. Mirad

lo que decís: pues si llega
 vuestra ceguedad á tanto,
 que alguno de casa os sienta;
 mi esposo... *D. Juan.* Si; ya lo sé,
 le has dicho ya que no tema;
 que el amor que me mostraste
 fué mentirosa apariencia;

y que para convencerme
 vas á hacer la mayor prueba
 de iniquidad: le ofreciste
 ultrajarme, y á mis penas
 añadir el mas acerbo
 dolor que añadir pudieras.

¿Se lo has prometido así?
 Cumple, cumple tu promesa...

Pero, aleve, ¿qué disculpa
 me das? ¿ninguna te queda?
 ¡Callas, infiel, porque sabes
 que callando me atormentas!

A Dios: si, me voy; con eso
 quedas, Isabel, contenta:

si, me voy; no volveré
 á verte mas, no lo temas:
 y acaso llegará el dia,
 que de horror y susto llena,
 te acuerdes de mí, oprimida
 con la memoria funesta

del

del pérfido triunfo... A Dios,
voy á morir, nada anhela
tu amante, sino acabar
la vida, que ya detesta:
ni seré taa infeliz,
que quando aspiro á perderla,
no lo consiga al impulso
de tempestades deshechas.
Así pudiera olvidar
mi error pasado y mi pena,
tus alevosos críños...

Saca unos papeles, y los hace pedazos.

¡Ah, qué digo! no... perezcan,
perezcan; yo las creí
alivio de mis tristezas:
tuyas son... ¡traydorás cartas!
miralas, tuya es la letra:
no quede memoria alguna..

Doña Isab. ¿Qué haceis? ¡ay de mí!

D. Juan. No, dexa,
démame. *Doña Isab.* ¡Cielos! Señor...

D. Juan. No las quiero, no me acuerden
tus engaños. *Doña Isab.* ¡Infelice,
qué nueva desdicha es ésta!
Idos, Señor. *D. Juan.* Sí, cruel,
ya es tiempo; libre te quedas.

Doña Isab. Don Juan... sí... ¡pobre de mí!
¡pobre de mí! yo soy muerta.

*Vase Don Juan por la puerta del lado
derecho; Doña Isabel abre la de la par-
te opuesta, y se va haciendo
extremos de dolor.*

SCENA XI.

D. Roq. solo. Mejor será... sí, es mejor:
hasta que embarcar le vea
no le dexo... ¡picardía!
la niña... ¡qué buena pesca!
Vamos allá, no se escurra,
y tengamos otra fiesta:
¡la Isabelica y su alma!
Esta es hechadiza.

Viendo á Doña Beatriz que sale.

SCENA XII.

*Don Roque, Doña Beatriz y despues Do-
ña Isabel.*

D. Beat. Espera. *D. Roq.* Voy de priesa.

Doña Beat. ¿Y Isabel?

¿la has visto?

D. Roq. ¿No sabes de ella?
en los infiernos. *vase.*

Doña Beat. ¿Qué puede
haber sucedido? En esta
pieza no está, presuroso
va mi hermano: alguna nueva
desgracia ocurrió. ¡Si acaso
ha venido, y se la lleva!

D. Isab. Beatriz, hermana, ¡ay de mí!

Doña Beat. ¿Qué es esto, Isabel, que lle-
de dudas me tienes?

Doña Isab. Esto
es sufrir penas acerbas;
esto es nacer infeliz:
yo... ¡válgame Dios, la puerta
cerró... no pude... sin duda
le ha seguido: si le encuentra
le mata; sí, hermana mia:
¿qué harémos? llama... no, dexa:
es mejor que... yo no sé.
No estoy en mí.

*Doña Isabel va hácia la puerta del lado
derecho, por donde se liéxon Don Juan*

*Don Roque: Doña Beatriz
la detiene.*

Doña Beat. Escucha, espera:
¿adónde vas?

Doña Isab. A evitar
que le mate.

Doña Beat. ¿A quién? sosiega
el temor.

Doña Isab. ¿Pues no ha salido
detrás de él? No me detengas,
démame que vaya... ¡ay triste!

Doña Beat. ¿Adónde?

Doña Isab. A morir: no queda
otro remedio, Beatriz;
ni hay muger, á quien suceda
mayor desgracia... Don Juan
vino.

Doña Beat. ¿Qué dices?

Doña Isab. Sí, en esa
pieza se ocultó tu hermano:
todo lo ha visto: él se aleja
culpando mi ingratitud...

¡Ay, Beatriz! no se me acuerda
lo que le dixes; ni supe...

ni era fácil que advirtiera...

¡misera! ¡qué pude hacer!

Doña Beat. ¿En fin, Isabel, te dexa?
Pues si en él se va el peligro,

no así desmayes, ni cedas tan pronto á la desventura, que acaso tu propia aumentas con tu temor: déxale que se vaya: harlo te cuesta su venida: tiempo es ya que á reconocerte vuelvas. Olvida esos devaneos, que te han llevado tan cerca del precipicio; Isabel, vuelve en ti, pues aun te queda tiempo para el desengaño; y el error pasado enmienda.

Doña Isab. Es verdad, ya lo conozco...

Pero ¡ay de mí! quando venga, ¿qué le diré? ¿quién podrá persuadirle á que me crea?

Si está ayrado contra mí, y confirmó su sospecha este acaso, no es posible que á mis razones atienda.

¡Infeliz! ¿y vivo? ¿y vivo?

¡Cómo hay en mí resistencia!

Doña Beat. No á la desesperacion te entregues de esa manera; y piérdase todo, como la esperanza no se pierda.

¿Se fué Don Juan? lo demas nada importa: quando vuelva tu marido, yo sabré aplacarle.

Doña Isab. En vano intentas templar mi dolor, en vano; que está zeloso, y es fuerza que ni escuche mi disculpa...

Doña Beat. Basta, Isabel: ¿no te acuerdas de que ha de volver mi hermano?

¿qué es esto? ven allá afuera; vamos.

Doña Isab. ¿Para qué, Beat.?

Doña Beat. Para evitar que te vea.

Yo estaré con él primero.

Doña Isab. Vamos... El tiro de leva...

Suena un cañonazo: Doña Isabel cae desmayada sobre una silla.

Ya se va... Beatriz... ¡Dios mio!...

D. Beat. ¿Qué te da, hermana?... no alienta..

Isabel... ¡Válgame Dios!

no vuelve... Si llamo, es fuerza

que esto se publique... Blasa,

Estas resultas esperan

tales casamientos: Blasa.

Será preciso que venga...

pero ya vuelve: ¿Isabel?

Doña Isab. ¡Ay de mí!

Doña Beat. ¿Qué sientes? prueba

si te puedes sostener;

iré por agua. *Doña Isab.* No, espera;

no te vayas. *Doña Beat.* No me iré:

apóyate en mí. *Doña Isab.* ¡Qué pena!

Doña Beat. Lloro, suspira; que ahora

nadie nos vé. *Doña Isab.* Si pudiera

suspirar... pero no puedo.

Doña Beat. ¿Qué sientes?

Doña Isab. No sé... quisiera...

Doña Beat. ¿Qué?

Doña Isab. Nada: déxalo ya...

mejor estoy... ¡qué funesta

venida! *Doña Beat.* Vaya, muger,

¿otra vez de eso te acuerdas?

Doña Isab. Ya se fué... ya se acabó

el afan. *Doña Beat.* Isabel, dexa

eso, por Dios. *Doña Isab.* Ya se fué...

¡triste de la que se queda!

no volverémos á vernos

jamás... ¡quién me lo dixera!

mucho le quise, Beatriz,

mucho le quise. *D. Beat.* Si empiezas

de nuevo con esas cosas,

te abandono. *D. Isab.* ¡Ay! ¿tú me dexas?

Doña Beat. ¿Pues qué quieres, Isabel,

si tú propia te atormentas,

ni atiendes á mi razon,

ni esos extremos moderas?

Si viene mi hermano ahora,

y de ese modo te encuentra,

¿qué le dirás, infeliz?

Doña Isab. Que estoy á todo dispuesta;

que acabo de separarme

de aquel que quise de veras...

Me engañaron, se valiéron

de astucias, para que diera

un sí... ¡perverso, cruel

hombre! ¿qué hiciste? ¿así entregas

mi mano á quien no he de amar?

¡Ay Dios! *Doña Beat.* ¡Isabel!

Doña Isab. Me ciega

el furor... yo lo conozco...

¡Ay, Beatriz! tengo vergüenza

de mí misma... En fin, se va

creyendo que le desprecia

su amada... que le aborrece.

¡Ah! no es verdad, no lo creas:

te quiero, mi bien, te adoro,

no dudes de mi firmeza:

primero y último amor

es el que en mi pecho alberga.

Soy infeliz ; no mudable:

digna fué de tus finezas

Isabel ; ¡ ay ! y la vida

la ha de costar esta ausencia.

Doña Beat. Hermana , ven... me parece que ha entrado ; no te detengas.

Doña Isab. ¡ Desgraciada ! ¿ adónde , adónde iremos , que no me vea ?

¡ Como evitaré su enojo !

Helado temor me acerca:

si viene... ¡ misera yo !

Doña Beat. Vamos , Isabel.

Doña Isab. Si fuera

posible... ¿ pero qué digo ?

Despues de una larga suspension.

esta es ya mucha baxeza ;

mucho abatimiento es este:

aquí le espero resuelta.

A quien todo lo ha perdido,

¿ qué peligro le amedrenta ?

Quita ; ya no voy contigo:

aquí le aguardo. *D. Beat.* ¿ Qué intentas ?

Doña Isab. No sé... no sé... pero estoy prevenida á quanto venga:

no soy culpada ; ¿ pues cuándo

ha temido la inocencia ?

Animo , corazón mio,

que en esta terrible prueba

está tu bien ó tu mal:

él es. *Doña Beat.* ¡ Isabel !

Doña Isab. Ya llega.

SCENA XIII.

Don Roque , Muñoz y dichas.

Muñ. ¿ Pero yo qué le he de hacer ?

D. Roq. Es que quiero que las veas ; á ver por dónde la toman.

Muñ. Si la cosa está ya hecha,

¿ qué diablos han de decir ?

¿ ni qué importa.. *D. Roq.* Buena pieza,

ya se fué Don Juan ; cumplió

por último su promesa:

vaya bendito de Dios.

Ello es regular que tengas,

ayudada de mi hermana,

tu amiga y tu consejera,

buena porcion de mentiras

y de embolismos dispuesta

para el caso ; pero ya

conozco todas sus tretas

y las tuyas ; sí por cierto:

me ha enseñado la experiencia.

Doña Beat. ¿ Qué quieres decir con eso ?

D. Roq. ¡ Eh ! ¿ no lo dixé ? ya empieza:

pero hablemos de una vez.

Ya has visto que no te queda

disculpa alguna : ya has visto

que lo sé todo ; y que es fuerza,

no siendo yo ningún tonto,

que esto me enfade y me duela.

¿ Es regular... *Doña Isab.* Sí , Señor ;

bien decís , vuestra sospecha

es justa , no he de negarlo ;

pero sabed... *D. Roq.* ¡ Bueno fuera

que lo negaras ! *Muñ.* ¡ Pues digo,

que se morderá la lengua !

Doña Isab. Sabed , que yo... ¡ desgraciada !

oprimida... con violencia

os dí la mano de esposa:

no hay remedio , ya soy vuestra.

Pero Don Juan... sí , Señor ,

le quise ; fué verdadera

nuestra pasión. *Doña Beat.* Isabel,

¿ qué es lo que dices ? *D. Isab.* No fuera

justo engañaros ; le amé...

así lo quiso mi estrella:

él igualmente... dexad,

dexadme , Señor , que vierta

estas lágrimas ; que todo

lo que callo dicen ellas.

En fin , engañado vos ;

yo , sin tener quien volviera

por mí , fui víctima triste

de la avaricia perversa

de mi Tutor. *D. Roq.* Digo , ¿ y cómo

entonces , que conviniera

hablarnos á todos claro,

¿ callaste como una muerta ?

Doña Isab. ¡ Ah , Señor ! ¿ con tantos años

aun no tenéis experiencia

de lo que es una muchacha ?

¿ No sabéis que nos enseñan

á obedecer ciegamente,

y á que el semblante desmienta

lo que sufre el corazón ?

Cuidadosamente observan

nuestros pasos ; y llamando

al disimulo modestia,

padece el alma , y... no importa,

con tal que calle , padezca.

El respeto , la amenaza,

la edad inocente y tierna,

la timidez natural,
las siempre falsas ó inciertas
noticias del mundo... ¡ay triste!
no soy yo sola; no es ésta
la primera vez que pudo
la autoridad indiscreta
oprimir la voluntad...

D. Roq. Muy bien; ¿y toda esa arenga
que quiere decir? *D. Beat.* ¿Tan necio
serás que no lo comprendas?
Quiere decir, que si acaso
estás ayrado con ella
por lo que viste; ya han hecho
quanto apetecer pudieras,
separándose los dos:
¿qué mas disculpa deseas?
ya no hay motivos de enojo.

D. Roq. Cierto; es una friolera:
no ha habido nada; no importa
nada; no vale la pena:
¿es verdad? ¿lo que yo he visto
no ha sido nada, eh? ¡parlera
de satanás! *Doña Isab.* Ya os he dicho
que le he querido; y que fuera
mentir negároslo yo;
pero si alguno sospecha
que á mi decoro falté,
es ilusion que le ciega.
No, Señor: el Cielo sabe
que de iniquidad tan fea
estoy inocente: yo
supe con débiles fuerzas,
si no vencer mi pasión,
evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle,
que en su patria se estuviera,
dónde parientes y amigos
aliviarán sus tristezas;
rezelando, que si ahora
apresurado se ausenta,
su mismo pesar le mate...
¡quántos peligros le cercan!
Despreciado va de mí:
¡infelice! ¿quién dixera,
que yo, que lo quise tanto...
¡ah, mi afecto me enajena!
Pero no, no se malogren
los instantes: ya deshecha
esta amistad, acabada
la causa de vuestra queja;
vos satisfecho quedais,
yo triste, asombrada, llena

de dolor... ¡ah! ya se fué,
ya se logró vuestra idea;
se logró... ¡pero qué golpe
tan terrible! ¡qué violenta
separacion! mucho vale
la virtud, pues tanto cuesta.
En fin, Señor, por vos solo,
por una pasión tan necia,
y una aborrecida union,
de vuestra edad tan agena;
yo perdi mi libertad,
y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
algun galardón espera:
sí; que tanto sacrificio
bien merece recompensa.
Ya está resuelto: apartada
de vos, en la mas estrecha
clausura vivir intento,
si es vida la que me resta,
allí... *D. Beat.* ¿Qué has dicho, Isabel?

D. Roq. ¿Muger, qué clausura es esa?
¿qué... vaya, sosiégate:
¡Jesus! ¡cierto que era buena
la invencion! *Doña Beat.* Hermana...

Doña Isab. No:
ya lo he pensado; y no queda
otro arbitrio: ¿cómo quieres
que mi trato no le ofenda?
Lleno de desconfianzas
vivirá: por mas que quiera
tranquilizarse; jamas
podrá borrar sus sospechas:
cada acción será un delito,
cada palabra una prueba
contra mí: su edad, su genio...
no es posible que convengan
para vivir en quietud,
circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos:
en tu casa, mientras llega
el lance, estaré contigo.
Vos Señor, haced que sea,
si fuere posible, hoy mismo:
yo os lo suplico; si queda
alguna reliquia en vos
de aquella afición funesta,
que me habeis tenido. *D. Roq.* Vamos,
no hablemos de esa materia;
yo me olvidaré de todo,
y... *Doña Isab.* No, no Señor; es fuerza
que esta merced me otorgueis.

D.

D. Roq. Tú Beatriz, tendrás con ella mas autoridad; por Dios; persuádela. *Doña Beat.* Ya no es esta ocasión, ni hallarse pueden razones que la contengan. Basta que no te ofendió; basta que elegir pretenda el medio de no ofenderte jamas, y pues limpio queda tu honor; déxala vivir en donde no te aborrezca.

D. Roq. ¿Con que yo me he de quedar sin muger por una tema? ¿con que yo tengo la culpa? ..

Isabel... *Doña Isab.* Estoy resuelta: hacedlo, y á vuestro honor importa que no se extienda el caso por la Ciudad:

el sigilo y la presteza convienen. *D. Roq.* Teneis razon... matadme: ya nada resta sino morirme de rabia.

Doña Isab. No: vivid, Señor, y sea con mucha felicidad:

que yo habitaré contenta en la soledad que abrazo; porque retirada en ella tengamos quietud los dos: vamos Beatriz. *Doña Beat.* No difieras un instante lo que pide. *D. Roq.* ¡Muñoz!

Muñ. ¡Otra moledera!

D. Roq. ¿Pero tú, Muñoz, qué dices? ¡hombre, por Dios! *Muñ.* Si entendiera que pudiese haber quietud sin encierro, torno y rejas, no os aconsejara tal; pero si es tan manifiesta la dificultad, que nadie habrá que no la comprenda: si es preciso, aunque ella fuese una Santa Dorotea...

Vamos, eso es tan palpable, que no merece la pena de gastar tiempo: ¿se va? muy bien pensado: ¿se encierra? lindamente: á vos os quita quebraderos de cabeza, y ella, en no viendo jamas

esa cara, está contenta: con que abreviarlo, y agur.

D. Roq. ¿Con que ello ha de ser por fuerza? *Muñ.* No, sino de bien á bien.

D. Roq. ¡Beatriz! *Doña Beat.* En vano me ruegas.

D. Roq. ¡Isabel! *Doña Isab.* No, no os escucho.

D. Roq. ¡Pero es posible que quieras! *Doña Isab.* No me sigais, apartad,

que en vos se me representa un tirano aborrecido: léjos de vuestra presencia podré vivir; pero ved, que si un error os empeña en obligarme á ceder, no bastará la prudencia; y es temible una muger desesperada y resuelta.

Doña Beat. Ya lo has visto: no la apur

D. Roq. Haré todo lo que quiera: dexadme vivir en paz, dexadme.. y Dios la haga buena.

Doña Beat. Pero...

D. Roq. Sí, mañana mismo harémos la diligencia; mañana... y que me perdone... que yo la perdono á ella.

SCENA ULTIMA.

Don Roque y Muñoz.

D. Roq. ¡Válgame Dios qué muchacho válgame Dios!

Muñ. No creyera...

D. Roq. Calla, que en quanto me digas tendrás razon; pero dexa, que reniegue de mí mismo, pues yo por mi ligereza he sido causa de todo: ya lo pago, y aunque venga tarde, reconozco ahora que no son edades estas para pensar en casorios.

Muñ. ¡Si muchos lo conocieran!... ¡pero sí! quanto mas viejos, mas niños y mas troneras.

F I N.

Barcelona: Por Juan Francisco Piferrer, véndese en su Librería, administrada por Juan Sellent.